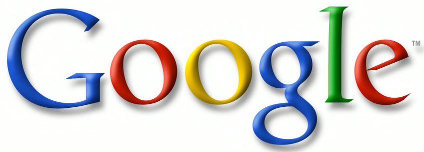


Ramirez, Santiago.
Armonias entre el santo via-crucis y la sagrada eucaristia.


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
PRAESIDIVM
DISCIPLINA CIVITATIS

ARMONIAS

ENTRE EL

SANTO VIA-CRUCIS

Y LA SAGRADA EUCARISTIA.

Meditaciones para el Via-Crucis Eucarístico

POR UN CATOLICO.

Amamos la Pasión, porque á ella debemos la Eucaristía: y la Eucaristía, porque para gozar de las delicias que nos ofrece, se han necesitado los sufrimientos y la muerte de un Dios

Mons. de la Bouillerie.



MEXICO.

LIBRERIA CATOLICA DE JOSE I. GLORIA
San José el Real Número 21.

1902


OF THE
DISCIPLINA

VIA-CRUCIS EUCARISTICO.



ARMONIAS

ENTRE EL

SANTO VIA-CRUCIS

Y LA SAGRADA EUCARISTIA.

Meditaciones para el Vía-Crucis Eucarístico por un Católico.

Amamos la Pasión, porque á ella debemos la Eucaristía; y la Eucaristía, porque para gozar de las delicias que nos ofrece, se han necesitado los sufrimientos y la muerte de un Dios.

Mons. de la Bouillerie.



MEXICO.
LIBRERIA CATOLICA DE JOSE I. GLORIA,
San José el Real Número 21.

1902



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

A LA TIERNA MEMORIA

de la inolvidable y

amada compañera de mi vida

Jacinta de Landa de Ramírez

cuyo amor hizo mi felicidad; cuyas virtudes fueron mi ejemplo; cuyas oraciones me salvaron de los peligros y cuya muerte me hundió en la amargura, en testimonio de mi amor: que es santo, porque lo santificó el Sacramento; que es inmortal, porque reside en el alma; que es grande, porque llenó mi vida; que es inmenso, porque permanecerá en la Eternidad.

S. R.


VERITAS
OF THE

INDICE.

Págs.

Introducción........................ 1
I. Los azotes, la coronación y la sentencia.............................. 14
II. La Cruz á cuestas.................. 21
III. La primera caida................. 28
IV. El encuentro con María........... 34
V. El encuentro con Simón............ 45
VI. El encuentro con la Verónica.... 62
VII. La segunda caida................ 93
VIII. El encuentro con las piadosas mujeres.......................... 107
IX. La tercera caida.................. 124
X. La llegada al Calvario............ 132
XI. La crucificción.................. 146
XII. La elevación de la cruz.......... 155
XIII. El descendimiento............... 168
XIV. La sepultura..................... 187
Conclusión.......................... 203



INTRODUCCION.

NO hay un solo hombre en toda la extensión del universo, sean cuales fueren su modo de creer, su modo de pensar y su modo de sentir, que no reconozca en la Creación, el conjunto más admirable, más sorprendente, más bello y más armonioso, no solo que puede contemplarse, sino áun que pudiera concebirse; y si en vista de tanta magnificencia y hermosura, vacila á cuál debe dar la preferencia de todas las partes de ese todo, esta vacilación desaparece cuando fija la atención en el hombre, en el que descubre, como no puede menos que descubrir, lo más grande de todas estas grandezas; lo más hermoso de todas estas hermosuras; lo más portentoso de todos estos portentos; lo más encantador de todos

estos encantos; lo más armonioso de t
das estas armonías; lo más noble, l
más elevado, lo más sublime lo primer
en fin, de toda la Creación.

Y en estas verdades que no puede
negarse porque son innegables y n
tienen que discutirse, porque son indis
cutibles, están de acuerdo; decimos, t
dos los hombres: así el creyente, que n
ve en la Creación otra cosa que el r
sultado del augusto *fiat* salido de los la
bios de la Omnipotencia divina, com
el incrédulo que la ve salir de un abis
mo de errores más despreciables que l
misma *nada*, porque entre ellos figura
hasta el quimérico acaso y el degradan
te darwinismo.

Por eso la Iglesia Santa, en el act
más solemne de todos sus actos,[1] y e
la ceremonia más significativa de toda
sus ceremonias,[2] al pedir á Dios la gr
cia de que nos haga á sus hijos partic
pantes de su Divinidad, como El lo fu
de nuestra humanidad, lo aclama co

1 La Santa Misa.
2 La mezcla en el cáliz del agua con el vino.

fesando, reconociendo, y admirando, que por un efecto admirable de su poder ha criado al hombre de una naturaleza tan excelente.

Pues hay una cosa más excelente — permítasenos la redundancia — que esta excelencia. La misma Iglesia nos la descubre al agregar, siempre dirigiéndose á Dios, que por una maravilla más grande todavía, ha reparado esta obra de sus manos. [1]

Es decir, que la Redención del hombre, excede en grandeza, y en utilidad, y en excelencia, y en todo, á su creación; por lo que, la Redención, está encima de todo.

Pero esta Redención no se hizo sino por la Pasión de la que fué el resultado, siendo á la vez la causa determinante de aquella.

Bajo este punto de vista consideradas la Pasión y la Redención, una y otra se hallan ligadas tan íntimamente, como la causa y el efecto, como el medio y el fin, como la sustancia y sus atributos:

1 Palabras de la Liturgia.



de tal suerte, que todo lo que se diga respecto de la una, de una manera natural corresponde á la otra; las dos ocupan el mismo elevado lugar, siendo la Pasión más accesible á nuestras consideraciones, por la parte que pueden tomar en ella los sentidos.

Considerando la Pasión en sus relaciones con Jesucristo, y haciendo esta consideración con los recursos imperfectos y deficientes de que nos permite disponer nuestra miseria, creemos que la Pasión, en la que no hubo ni un solo detalle que no fuera un manantial abundantísimo de dolores, de bondad, de merecimientos, de grandeza, de santidad y de misterios, se debió presentar á la mente de Jesucristo bajo tres aspectos principales, que podían proyectar una sombra sobre su verdadero interés, y dejar un vacío en sus admirables resultados.

En primer lugar, como todos los ultrajes, todas las humillaciones, todos los tormentos, todos los horrorosos detalles que la constituyeron, y áun la sen-

tencia de muerte que le puso fin, llevándola al último grado de crueldad á que podía llevarse, los recibió Jesucristo de manos estrañas, se podría creer, que así como estas manos crueles despedazaron su cuerpo, quebrantaron su voluntad; y que si bien es cierto que tuvo la paciencia bastante para resignarse á sufrir, le faltó la abnegación suficiente para disponer ó determinar sus sufrimientos; y esta conjetura, de la que sin duda alguna se hubiera apoderado la herejía, quitando á la Pasión, con el heroísmo de la espontaneidad, su verdadero carácter, habría rebajado el mérito del Redentor, dando un mentís á la afirmación que siglos antes hizo por Isaías, al decir que "se inmoló porque quiso inmolarse." [1]

En segundo lugar, como el término de la Pasión era su muerte, al morir quedaba separado de nosotros. Circunstancia que era para El una contrariedad, pues también había dicho que sus delicias consisten en estar con los hijos de

1 LIII, 7.



los hombres;[1] y un perjuicio para nos-otros que sin su compañía quedabamos huérfanos, y sin su presencia privados de todos los bienes que residen en El y que en no pocos pasajes de la Escritura cuidó de señalarnos.

De la necesidad de su muerte, para nuestra Redención, y de su vida para nuestra enseñanza, se desprende una terrible disyunción entre cuyos extremos, la posibilidad humana no encuentra un medio: porque si muere, se aleja de nosotros, dejándonos privados de los bienes que solo nos puede proporcionar su presencia; y si no muere, no se consuma la Redención y quedaremos privados de sus benéficos efectos.

En tercer lugar nuestra concupiscencia, nuestras pasiones, nuestra naturaleza corrompida y áun nuestra misma flaqueza, haciéndonos caer en la esclavitud del demonio de la que con la Redención vino á librarnos, no nos permitiría entrar á la Bienaventuranza, por más que con esta misma Redención,

1Prov. VIII, 31.

nos hubiese expeditado el camino y abierto sus puertas

Pero lo que para la limitadísima sabiduría humana era un imposible, para la ilimitada sabiduría divina no presentó ni la más lijera dificultad.

Jesucristo disipó aquella sombra y evitó estos males con la maravillosa Institución de la maravillosa Eucaristía.

En ella comenzó por anticipar su Pasión, no solamente anunciándola, no solamente expresando con sus labios divinos que no hablaron más que la verdad, el deseo ardiente, el deseo de los deseos de sufrirla, sino realizándola, y realizándola por sí mismo y por su propia mano: pues en esta divina Institución, por sí mismo y por su propia mano despedazó su cuerpo en la fracción del pan; por sí mismo y por su propia mano derramó su sangre en la distribución del vino; por sí mismo y por su propia mano se sacrificó en cada uno de sus apóstoles, sepultándose en su pecho; por sí mismo y por su propia mano, en fin, realizó la profecía del primero de

los Profetas Mayores, inmolándose porque se quiso inmolar.

Además, esta inmolación mística que hizo de sí mismo, por sí mismo en el Cenáculo, anticipando su Pasión, y haciendo de ella la *Pasión anticipada*, no la limitó á un tiempo, ni la localizó en un lugar: la reprodujo el día de su Resurrección en el Castillo de Emmaus, y se reproduce y se reproducirá sin cesar en todo el mundo católico hasta el último día de los tiempos, constituyendo así la *Pasión perpetuada*.

Jesucristo evitó el segundo de los males apuntados, yendose, y permaneciendo con nosotros; muriendo y quedando con vida; poniéndonos en aptitud de disfrutar los beneficios de la Redención y los bienes de su presencia.

Esto lo hizo y lo hace, tambien en la Eucaristía: en ella nace, en ella vive, en ella muere y en ella vuelve á nacer tantas veces, cuantas se pronuncian sobre el pan, por sus autorizados Ministros, las palabras Sacramentales. Y por este admirable Sacramento, Dios estará



con nosotros, mientras tengamos un Sacerdote y un grano de trigo.

También el tercero de los males expuestos se evita por la Eucaristía: porque si bien es cierto que no saca al hombre del pecado mortal, puesto que, como Sacramento de vivos, está destinado á aumentar la gracia, que previamente ha de haber adquirido el alma por la confesión, es también una verdad como lo afirma nuestro inspirado Catecismo, que nos apacenta en la gracia de Dios, nos une con él, no nos deja caer en el pecado y nos pone en aptitud de alcanzar toda perfección.

Además de que este Sacramento nos une á Dios, nos proporciona otras inmensas ventajas: nos trasforma en Dios, nos fortifica, cura las enfermedades de nuestra alma, nos perdona las faltas veniales, nos hace verdaderamente dichosos, apaga en nosotros el fuego de la concupiscencia, puesto que es el vino que engendra vírgenes,[1] acumula en nosotros todas las gracias que atesora,

1 Zach. IX, 17.



que son las más abundantes y precio-sas, nos prep ra para una buena muer-eyt nos asegura la Bienaventuranza.

En vista de este cúmulo de bienes y de otros muchos que no es posible enu-merar, pero que la meditación más li-gera descubre, no es posible poner en duda que la Eucaristía nos permite apro-vecharnos en todo tiempo de los bene-ficios de la Redención.

Aquí se descubre ya el enlace natu-ral y maravilloso que existe entre am-bos misterios en virtud del cuál la Pa-sión realiza todos los prodigios de la Eucaristía, y la Eucaristía condensa todos los efectos de la Pasión.

Y es de tal manera estrecho, íntimo, absoluto y perfecto este enlace, que pue-de con toda propiedad decirse que estos dos misterios no son más que uno solo bajo formas diferentes.

La Pasión de Nuestro Señor Jesu-cristo comenzó en el instante de su En-carnación; mas para no divagarnos en el desarrollo de esta idea, que no pode-mos aquí más que apuntar, diremos que

esta Pasión tal como la presenta la Historia, tal como afecta nuestros sentidos, tal como es el objeto de nuestras reflexiones, comenzó en el huerto de Gethsemaní;pero concretando más nuestras apreciaciones, podemos considerarla como un torrente de purificación pal ra el mundo y de devastación para e- pecado, que teniendo su origen en el Pretorio, se encauzó en el camino del Calvario para ir á perderse en el Oceano del Santo Sepulcro.

Y así considerada la Pasión, que es como la considera y la sintetiza el Ejercicio del Viacrucis, conserva, y multiplica, y reproduce sus relaciones con la Eucaristía, por otras tantas armonías tan tiernas como encantadoras.

El Viacrucis, tal como lo examinamos en el Ejercicio en que hacemos de él el objeto de nuestras meditaciones, y la Eucaristía, tal como la examinamos viendo en ella el objeto de nuestra adoración, conmueven nuestro corazón con las mismas impresiones de ternura, y alumbran nuestro espíritu con los mismos resplandores de luz.



En el Viacrucis, como en la Eucaris tía, el alma piensa en Dios, siente e Dios, ve á Dios, se aisla en Dios, y viv en Dios.

Allí lo contempla con la imaginación y aquí lo ve con los ojos: allí al travé de los tiempos y de las distancias; y aquí muy cerca, y al través de los velos sacramentales: allí á la luz de la Historia; y aquí á la luz de la Fe: allí con el corazón lacerado, porque el dolor es el sentimiento dominante; y aquí con el corazón enternecido porque todos los sentimientos están subordinados al amor: allí Jesucristo nos enseña el camino del Cielo; y aquí nos pone en posesión de él.

En uno y otro caso, el alma cristiana parece desprenderse del cuerpo que la retiene, extasiarse en las más elevadas contemplaciones y hacer abstracción hasta de sí misma para volar hacia Dios.

En cada una de las dolorosas meditaciones del Viacrucis, no puede menos que trasladarse al altar y pensar en la Eucaristía; y en cada uno de los actos

con que se acerca á la Eucaristía, no puede menos que trasladarse al camino del Calvario y encadenar su atención á los significativos pasos del Viacrucis.

A dar forma á estos sentimientos; á expresar por palabras estas relaciones; á traducir en ideas estos afectos; á hacer vibrar en los corazones piadosos estas armonías; á desahogar un sentimiento del corazón que cree, que sufre y que ama, y á llevar á un amado sepulcro una humilde flor empapada en las lágrimas de la amargura, oscurecida con el polvo del Calvario y enrojecida con la sangre de la Eucaristía, están encaminadas estas líneas formadas con los sentimientos que su autor ha experimentado, las reflexiones que ha hecho y las ideas que ha recogido en el silencio de su oración, al pie de la Cruz levantada en el Calvario y en las Estaciones anteriores, al practicar el Ejercicio del Santo Viacrucis, y en las gradas del altar donde ha tenido la dicha de unirse con Dios en la Sagrada Eucaristía.





I



LOS AZOTES, LA CORONACION Y LA SENTENCIA.

UN doble cuadro se presenta de lante de mis ojos y mis reflexio nes extienden delante de m consideración, variando en algunas d sus partes y representando el mism todo.

Diferente tiempo, diferentes lugares diferentes escenas, diferentes figura secundarias, diferentes apariencias. E mismo asunto, los mismos detalles, e mismo conjunto, el mismo misterio, l misma realidad El Pretorio de Pilatos

donde fué rigurosamente azotado el Redentor del mundo, coronado de espinas y sentenciado á muerte," y el Cenáculo de Jerusalen, donde instituyó el admirable Sacramento de la Eucaristía.

Está hoy en el Pretorío, como estuvo ayer en el Cenáculo.

En el Pretorio está en la casa de un funcionario gentil; en el Cenáculo estuvo en la casa de un discípulo creyente: las puertas del Pretorio se las abrió el odio que le tenían sus enemigos; las puertas del Cenáculo se las abrió el amor que profesaba á su amigos: en el Pretorio está preso; en el Cenáculo estaba libre: en el Pretorio le rodean sus verdugos que no conocen su doctrina; en el Cenáculo lo acompañaban sus apóstoles encargados de propagarla: en el Pretorio es víctima de la crueldad de los soldados; en el Cenáculo era objeto de la veneración de los discípulos: en el Pretorio es reo; en



el Cenáculo era Maestro: en el Pretorio hieren sus castos oídos las vociferaciones de la blafesmia; en el Cenáculo movían sus divinos labios las palabras de la oración.

Pero tales y tantas desemejanzas, que hacen establecer entre estos dos lugares la diferencia más absoluta· y más completa, contribuyen, por el contrario, á producir las maravillosas armonías que son la esencia del misterio, pues son en realidad, otras tantas analogías que los ligan.

Jesucristo anunció en el Cenáculo lo que se está verificando en el Pretorio; los hechos que de una manera material se están realizando en el Pretorio, místicamente tuvieron su realización en el Cenáculo.

Jesucristo en el Pretorio es desnudado de sus vestidos, para que los azotes, hiriendo directamente sus carnes delicadas, hagan brotar la sangre en que se ha de lavar el pecado; y

Jesucristo en el Cenáculo se despoja de su manto para lavar los piés de sus discípulos, á fin de quitarles hasta los menores vestigios de la culpa.

Jesucristo en el Pretorio es atado á la columna en que su cuerpo va á ser despedazado, con el lazo del odio preparado por sus verdugos; y Jesucristo en el Cenáculo está atado á la mesa en la que su cuerpo se va á despedazar, por el lazo del amor El que mismo ha tejido.

Jesucristo en el Pretorio es herido por los bárbaros instrumentos de la flagelación, hasta casi perder la forma humana; y Jesucristo en el Cenáculo hiere el pan con la poderosa virtud de su palabra, hasta hacerle perder toda la sustancia.

En el Pretorio, el Hombre Dios es triturado por los golpes, como el trigo por la piedra, hasta que se convierte en harina; y en el Cenáculo, la harina es vigorizada por una palabra mara-



villosa, hasta convertirse en el Hom
bre Dios.

En el Pretorio, la carne de la inma
culada víctima salta en pedazos arran
cados por la crueldad de los verdugos
y en el Cenáculo esta misma carne s
divide en pedazos, separados por l
clemencia del Sacrificador.

En el Pretorio, estos pedazos cae
sobre la tierra que redimen con su con
tacto; y en el Cenáculo, esos pedazo
caen sobre el corazón de unos hombre
de tierra, que con su contacto se san
tifican.

La sangre corre á torrentes en el Pre
torio de las arterias y de las venas ro
tas por la ceguedad, la ignorancia y l
sevicia; y esta misma sangre corre á to
rrentes en el Cenáculo, del cáliz abier
to por el poder, la sabiduría y el amor

Una corona de espinas cubre la sa
grada cabeza de Jesucristo, en el Pre
torio; y una aureola de gloria rodea s
rostro divino en el Cenáculo.

En el Pretorio, baja y clava en la tierra sus ojos nublados por la tristeza, y ofrece á Dios su sacrificio; y en el Cenáculo eleva al cielo sus ojos radiantes de alegría, y da gracias á Dios.

Su frente sufre en el Pretorio con el dolor de las punzantes espinas, la tortura del amargo pensamiento de tantas almas, para las que será inútil su Pasión; y su mente se recrea en el Cenáculo con la dulce consideración de tantas almas para las que será tan provechosa la Eucaristía.

En el Pretorio, los viles soldados lo escarnecen como reo; y en el Cenáculo, los privilegiados Apóstoles lo escuchan como Maestro.

En el Pretorio lo humillan los hombres; y en el Cenáculo lo adoran los ángeles.

Las ignominias del Pretorio hacen que el representante de un rey de la tierra, lo presente mal cubierto con un andrajo de púrpura, diciendo «Hé aquí

al hombre;» [1] y las glorias del Cenác
lo harán que en la sucesión de los tie
pos el ungido representante del R
del Cielo lo presente oculto bajo l
cándidas especies, diciendo: "Hé ac
el Cordero de Dios." [2]

En el Pretorio pronuncia un juez i
cuo, á su pesar, y obligado por las c
cunstancias á las que no quiso ni pu
sobreponerse, la sentencia de mue
contra Jesucristo; y esta sentencia
la había pronunciado en el Cenácul
mismo Jesucristo, con toda espontan
dad, y obligado únicamente por el
ceso de su amor á los hombres.

La sentencia dada en el Pretorio
está aún concluida; la sentencia di
da en el Cenáculo, está ya ejecuta

El cuadro que extiende ante nues
consideración la Estación primera
Santo Viacrucis, no es más que un
flejo del cuadro que ofrece á nue

1 S. Juan XIX, 5.
2 S. Juan I, 29.

meditación religiosa, la maravillosa institución de la Sagrada Eucaristía, á cuyo Misterio se le llama con toda propiedad, *la Pasión anticipada.*

II



LA CRUZ Á CUESTAS.

HÉ aquí el Cordero de Dios: El lleva los pecados del mundo!

Nuestra religiosa meditación nos traslada á la puerta *Antonia,* donde se dan los primeros pasos y se hacen los primeros preparativos para la ejecución de la sentencia. Allí vemos á un hombre fatigado, débil, herido, exangüe, con la cabeza inclinada, la respiración estertórica, el semblante no sólo descompuesto, sino horriblemente desfigurado. Casi no puede tenerse en pie y se dispone para marchar. Casi no puede sostener su cuerpo, pues sus músculos están rotos ó atrofiados, y colocan

sobre sus despedazados hombros, u peso gravísimo. Sus heridas son tantas tan profundas, tan dolorosas y tan re cientes, que el contacto con un mullid lecho, sería para El motivo de tormen to; y tiene que cargar y conducir u tosco, áspero y pesado madero!

Detengámonos por unos breves ins tantes en este cuadro de dolor, de i justicia y de crueldad, ya que el pas del ejercicio que estamos meditand nos obliga á que nos detengamos en é

¿Qué es lo que nos presenta la s perficie del lienzo en que esta escen se halla dibujada?

Unos hombres feroces, encarnizad y crueles, colocando una pesada cr sobre los lastimados hombros de u hombre débil, despedazado y moribu do á quien van á llevar á la muert

¿Qué es lo que encontramos, pen trando con la meditación hácia el fo do para descubrir el misterio?

En la cruz están representados l

pecados todos del mundo; y Jesucristo, que los ha tomado sobre sí, sin mancharse con ellos, representa al pecador, por quien va á satisfacer la deuda por el pecador contraída, reivindicando los fueros de la Justicia, por el pecador ultrajada. ¡Qué representación tan fiel es el destrozado cuerpo de Jesucristo, á quien siglos antes vió Isaías despreciado como un leproso y el desecho de los hombres;[1] y David, como gusano y no hombre,[2] del alma del infeliz pecador!

Para que puedan tener acceso nuestros sentidos sobre ella, le daremos forma, y entonces lo veremos sin carne, porque la ha consumido la impureza; sin músculos, porque los ha atrofiado el sensualismo; sin nervios, porque los ha hecho insensibles la indiferencia; sin sangre, porque con ella se han alimentado los vicios: está débil,

1 LIII, 3 y 4.
2 Ps. XII, 7.



porque le falta la fortaleza; abatido porque es un foco de injusticia; mori bundo, porque su vida se está extin guiendo al alimentar el fuego del pe cado; destrozado, porque se han ensa ñado en ella sus desordenadas pasione

En ese estado, sus implacables ene migos, el demonio, el mundo y la ca ne, representados por los inhuman verdugos del Pretorio, acumulan sob ella nuevos pecados, y así cargada llevan á la eternidad.

Profundicemos más en este cuadr y penetremos dentro de su pecho ha ta llegar á su Corazón.

En él vemos una cruz interna más p sada, más áspera y más nudosa que que lleva sobre sus espaldas: una c rona de espinas más punzantes, m duras y más penetrantes que las q traspasan su cabeza: un sinnúmero heridas más profundas, más graves más sangrientas que las que han hec pedazos su cuerpo. Pero si la cruz e

terior lo debilita, la cruz interna lo fortalece; si aquella lo abate, ésta lo reaníma, si la primera lo hace vacilar en su marcha, la segunda lo sostiene; si la una lo hace caer en tierra, la otra lo levanta y lo eleva al Cielo.

¿Y el alma del pecador no encontrará en este punto alguna semejanza?

"Venid á mi—dice una voz salida del fondo del Tabernáculo—todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré.»[1] Y esta voz no es otra que la de Jesucristo oculto en el Sacramento del amor, que la de la Sagrada Eucaristía.

Dónde puede haber una fatiga más completa, que en el alma tan falta de fuerzas y de movimiento, como llena de trabajos y de dolor? ¿Y dónde una carga más pesada que en los pecados nuevos que incesantemente se vienen á acumular sobre los antiguos pecados? ¿Y á quién con más razón se pue

1 S. at, XI, 28.



de dirigir este amoroso llamamiento, que á el alma sobre la que pesa esa carga y se halla dominada por esa fatiga? ¿Y á dónde es llamada esta alma, ó cuál es el punto que se le designa con ese misterioso y dulce "ven?"

No es absolutamente posible ponerlo en duda: el alma es llamada á la Sagrada Eucaristía, y el lugar que se le designa está en la mesa celestial.

El alma cargada con el pecado y abrumada por la fatiga, está como Elías en el desierto de Bersabée, cuando rendido por el cansancio y dominado por el dolor, se dejó caer en la tierra, para morir bajo la sombra del Enebro; y hubiera muerto allí sin duda, si no hubiera escuchado la voz que le dijo "levántate y come,» y no la hubiera obedecido, levantándose y comiendo." [1]

Y este alimento misterioso, figura de la Sagrada Eucaristía que consistió en un poco de pan calentado al rescoldo,

[1] 3º Reyes XIX, 5, 6, 7 y1 8.

permitió al Profeta, reanimado y fortalecido, caminar cuarenta días hasta llegar al Monte Horeb, [1] pues le dió, estando ya moribundo, la vida de la inmortalidad. [2]

Así el alma, al acudir al llamamiento divino, al acercarse á la Sagrada Mesa, al introducir á su pecho y llevar á su corazón el Pan Eucarístico, adquiere esa cruz interna que nuestra meditación nos ha permitido descubrir en el Corazón de Jesucristo, y que lejos de ser una carga que nos haga caer, es un báculo que nos sostiene y una arma con que atacar y vencer al demonio, al mundo y á la carne.

Así pues, si esta segunda Estación nos presenta á el alma con el peso que sobre ella cargan sus despiadados enemigos, oscilar é inclinarse hacia la tierra, la Sagrada Eucaristía nos la deja ver vigorosa, luchar con sus enemigos poniéndolos en fuga, y victoriosa levantarse al Cielo.

1 II. 8.
2 4° Reyes II, 11.



III.



LA PRIMERA CAIDA.

TREMENDO es el contraste! Los cielos están admirados; los infier nos están confundidos; los senos de Abraham en que las almas de los justos esperan, están reanimados; en- tre las densas tinieblas del Purgatorio se ha dejado ver un rayo de esperanza, y sobre sus voraces llamas ha caído una gota refrigerante de consuelo: ¡so- lo la tierra yace indiferente!

¡Tremendo es el contraste! Admira- ble es el misterio que nos presenta mez- clados en una íntima á la vez que inex- plicable confusión, la Omnipotencia y la nada; la Magestad y la miseria; el Rey del Cielo á quien los espíritus an- gélicos adoran, y el polvo de la tierra que hasta las criaturas más viles pi- san; la pureza, en la que no se ve ni

un átomo que la oscurezca, y la inmundicia cuyo solo contacto mancha, el Dios á cuyos piés sirven de escabel los serafines, con el rostro cubierto por el fango!......

Todo lo grande, todo lo bello, todo lo noble, todo lo sublime, mezclado y confundido con todo lo pequeño, todo lo impuro, todo lo despreciable, todo lo bajo!

La más justificada admiración ha detenido, detiene y seguirá deteniendo á todas las generaciones ante este sorprendente espectáculo, del que se desvía lijeramente para ceder el paso á los recuerdos.

Treinta y tres años han pasado ya! Cuando el Mensajero Celeste anunció al mundo la venida del Mesías, vimos á este mismo hombre, recien nacido, descansando su delicado cuerpecito entre el polvo de las pajas, sobre las pajas del Pesebre, en el Pesebre del Portal......



Unas cuantas horas han pasado apenas! Cuando este mismo hombre se despidió de sus discípulos en la última Cena, les presentó su Cuerpo, cubierto con el polvo de la harina; oculto con la harina del trigo; reemplazando al trigo del Pan! Otra vez el Hombre Dios, cubierto de polvo. Polvo en el Pesebre de Belen; polvo en la mesa del Cenáculo; polvo en el camino del Calvario.

Y no solamente polvo: también sangre. Sangre en la circuncisión, sangre en la copa de la cena, sangre en esta lastimosa caída. Y aquí los recuerdos á su vez, ceden el paso al misterio.

En Belen, el Hombre Dios mezcló su cuerpo y su sangre con el polvo del Pesebre; en esta caída, cubrió su cuerpo y mezcló su sangre con el polvo del camino; y en la Eucaristía, confunde su cuerpo y mezcla su sangre con el polvo del pecador. Qué miste-

rio tan grande, tan encantador y tan profundo!

Pero si hace un momento los recuerdos se desviaron del campo de nuestras reflexiones, para descubrirnos el misterio, ahora veo de este mismo misterio, brotar en la misma confusión dos recuerdos: dulce, bello, conmovedor y tierno el uno; amargo, sombrío, desconsolador y triste el otro.

Mi Primera Comunión!

Mi Primera caída!

Cuánta gracia en Primera Comunión; cuánta pureza; cuánta alegría; cuánta felicidad!

Cuántos pecados en mi primera caída; cuántas manchas; cuánta tristeza; cuánta desventura!

Mi Primera Comunión me hizo hijo de Dios, heredero de su gloria, me engalanó con el traje de boda y me señaló un lugar en el festín.

Mi primera caída me hizo esclavo del demonio, me condenó al infierno,



me cubrió con los harapos de la men-dicidad, y atado de piés y manos me obligó á salir del banquete nupcial.

En mi Primera Comunión estaba yo en pie; en mi primera caída estoy de-rribado: en mi Primera Comunión, con la cabeza erguida podía fijar los ojos en el cielo; en mi primera caída, con la frente inclinada, solo puedo clavar-los en la tierra: en mi Primera Comu-nión estaba limpio de toda mancha en mi primera caída estoy cubierto de polvo: en mi Primera Comunión disfru-taba de lleno de la vida; en mi prime-ra caída, quedé orillado á la muerte.

Y me ví como el pródigo, caído, des-nudo, hambriento y necesitado! Y re-cordé como él, los manjares exquisi-tos, y los vinos generosos, y los abri-gadores vestidos de que podía dispone en el hogar paterno abandonado! como él sentí el aguijón punzante de remordimiento, y la sangrienta herid del dolor: y viendo como él brillar l

luz de la esperanza, "me levantaré—dije—é iré á mi padre." [1]

Y al mismo tiempo ví á mi Redentor en el paso que estoy considerando, que con su acento persuasivo de Maestro, me dijo: tú caíste, como yo he caído; levantate, como yo me he levantado, y sigue, como yo sigo.

Y recordé á la vez al Profeta de Thesbe á quien una voz del cielo, le dijo: "levantate y come." [2]

Y como el pródigo, me levanté y fuí á mi Padre. Y como el Redentor, me levanté para seguir mi peregrinación. Y como Elías me levanté y comí el Pan de los fuertes, el Pan vivo, el Pan del Cielo, el Pan de los Angeles, el Pan de la Eucaristía.

1 S. Luc. XV, 18.
2 3.° Reyes XIX, 5 á 8.



IV.



EL ENCUENTRO CON MARIA.

SI el paso que acabamos de co derar nos llena de admiració de sorpresa, al presentarnos íntimamente unidos objetos que po propia naturaleza deberían repele en el que ahora vamos á considera cabe la sorpresa ni la admirac cuando contemplamos unidos dos res que por su esencia, por sus a tos, por las relaciones que los li por la misión que les corresponde empeñar, y por todo, no pueden me que juntarse.

En el plan sorprendente y divin la Redención del género humano, sús no pudo existir sin María; y así

mos en la maravillosa Encarnación, que el mismo Dios, le pide su consentimiento: revelando con ésto que reconoce y que bendice la autoridad de la Madre y la cooperación de la Mujer.

María estuvo con Jesús en Belen, en Nazareth, en Egipto, en todos los instantes de su vida privada y en los tres años de su vida pública. Y no podía ser de otro modo: pues la unión que estrechó á María con Jesús cuando lo tuvo en su seno, se conservó durante toda su vida.

Jesús seguía un camino por el mundo, por el que marchaba para efectuar la Redención del mundo; y María, á quien tocaba una parte muy directa, y muy activa, y muy principal en esta Redención, decía sin cesar á su divino Hijo, lo que la Esposa de los Cantares á su amado: "atraeme en pos de tí y correremos al perfume de tus aromas."

Qué petición tan tierna! Qué amor tan profundo! Qué adhesión tan com-



pleta! Qué armonías tan admirables! Qué reciprocidad tan perfecta! Jesús atrae, y María corre á los impulsos de esta irresistible atracción.

Y corre en pos de Jesús, atraída por el olor de sus aromas.

Y qué aromas más bellos, más suaves, más delicados, más irresistibles que los del amor! Y qué amor más grande, más puro, más excepcional y más sublime que el que se hace sensible dando la vida por el objeto amado!

Jesús, en su camino al Calvario, iba á morir por sus amigos, por sus amados, por sus redimidos: su amor era el más grande de todos los amores, y el aroma que exhalaba, el más atractivo de todos los aromas. Así es que si María no hubiera estado tan cerca de Jesús, habria corrido hacia El en este día, y forzosamente la teniamos que contemplar al lado de Jesús en el camino del Calvario.

Y terminado aquel camino, y consumado aquel sacrificio, y vueltos al cielo Jesús por su Ascensión admirable, y María por su Asunción gloriosa, se disipó ya en la tierra el olor de aquellos aromas?

Acudamos á la Fe que nos dará la más dulce, la más tierna, la más exacta, la más consoladora respuesta. Si estos aromas son las emanaciones naturales del amor, donde está este amor se exhalarán estos aromas.

Es verdad! Si en la Iglesia dejó Jesús su amor, en la Iglesia se respirarán estos aromas. Si en el tabernáculo está el Sacramento del amor, el más delicioso de los olores impregnará la atmósfera del tabernáculo. Y si en la Sagrada Eucaristía está el Corazón que palpita por este amor, María correrá en pos de este Corazón, atraída por el olor de sus aromas. En la Eucaristía está Jesús, luego en este inefable Sacramento está también María.



Más aún: á María debemos este Sa-cramento; á María le corresponde dar-noslo; María, por consiguiente debe es-tar en él. Y en él está, en efecto, y en él la encontramos, y en él la vemos.

Qué es, si no, lo que está en este Sa-cramento?

No lo podemos dudar: está el Cuer-po purísimo de Jesús; está también su preciosísima Sangre.

Y este Cuerpo, fué formado del cuer-po de María; y esta Sangre, fué toma-da de la sangre de María, á cuyas ex-pensas no solo se formó y se desarro-lló en sus virginales entrañas; sino que se alimentó con ella durante todo el tiempo de su lactancia.

Así es que en este admirable Sacra-mento, no se puede ver á Jesús, sin ver á María; ni amar á Jesús, sin amar á María; ni desear á Jesús, sin desear á María; ni recibir á Jesús, sin recibir algo de María. María, en este adora-ble Sacramento, nos da lo que dió á

Jesús en la prodigiosa Encarnación; lo que una Madre da á su hijo cuando recibe la vida en sus entrañas. De suerte que no solo por el testamento de Jesús que nos la dejó por Madre somos sus hijos: lo somos también por la acción inmediata y por los efectos forzosos de la naturaleza. La Eucaristía, pues, hace que María sea nuestra Madre, por la naturaleza y por la gracia!

Y si fuera posible que María no estuviera al lado de Jesús en la Sagrada Eucaristía, no podría dejar de hallarse con El y con nosotros en el momento de la Comunión: porque en ese momento, el amor de Jesús, desbordándose de su Corazón Sacratísimo, se derrama sobre nosotros; y cuando un perfume se derrama, satura la atmósfera con su esencia; y María correría en pos de Jesús, es decir, hacia nosotros, atraída por el delicado olor de tan deliciosos aromas.

Además de ésto, otro de los motivos



que tuvo Jesucristo para instituir el Sacramento de la Eucaristía, juntamente con el deseo de manifestarnos su amor, y como la consecuencia inmediata de este deseo, fué dejarnos para siempre en este divino testamento el recuerdo de su vida, de su Pasión y de su muerte. Y su vida, la pasó toda al lado de María; y su Pasión, no tuvo uno siquiera de sus dolores que no fuera moralmente sentido por María; y el momento de su muerte, fué el momento en que María entró en posesión del legado que le hizo el moribundo y divino testador al dejarnos como sus hijos.

María, siguiendo constantemente á Jesús, está siempre con Jesús; y como Jesús, en la Sagrada Eucaristía se une tan íntimamente á nosotros, que nos trasforma en El, María está forzosamente cerca de nosotros.

Por otra parte, la voluntad de María está tan unida á la voluntad de Je-

sús, que es una sola con ella. Los deseos de Jesús, son sus deseos; suyas son sus amarguras, suyos sus sufrimientos, suyas sus alegrías, suyos sus goces, suyas sus delicias; y siendo las delicias de Jesús estar con los hijos de los hombres,[1] y está con ellos en la Sagrada Eucaristía, las delicias de María, son también estar con ellos, y está con ellos cuando Jesús está.

Hay más: María por su carácter de corredentora, puede decirse que ayudó á Jesús á redimirnos; y con el mismo carácter, y con el de Madre nuestra, y con el de depositaria del valiosísimo legado que nos dejó Jesús en su muerte, debe ayudarnos, y quiere ayudarnos y nos ayuda á que nos aprovechemos de los frutos de la Redención. Estos frutos consisten en la práctica de todas las virtudes: Jesucristo instituyó este Sacramento para enseñarnos

1 Prov. VIII, 31.



á practicarlas, y María está presente para tomar parte en esta enseñanza.

Hablando de tan admirable Madre, dice Cornelio A. Lápide que todos podemos apropiarnos, refiriéndolas á ella, estas expresiones del Libro de la Sabiduría: "Todos los bienes me han venido por ella, é inmensas riquezas han caído para mí de sus manos.[1] San Bernardo dice que es la dispensadora de todas las gracias, pues la voluntad de Dios es que todo lo tengamos por María. Y siendo la Eucaristía el más preciado de todos los bienes, la más valiosa de todas las riquezas, y la primera de todas las gracias, puesto que se nos da en ella al autor mismo de la gracia, no es posible, en este adorable Sacramento, ni aun suponer la ausencia de María.

El Profeta de Patmos vió en su visión apocalíptica que las vírgenes seguían por todas partes al Cordero; y

[1] VII, 11.

no podía obrar de diferente modo la Reina de las vírgenes.

En la dolorosa Pasión, Jesús iba á entregarse á la muerte; y nunca una Madre se separa del lecho de su hijo moribundo: en la Sagrada Eucaristía, Jesús se desposa con el alma que la recibe; y nunca un hijo celebra sus bodas sin la presencia de su Madre.

No hay pues un solo motivo, un solo argumento, una sola consideración que no nos persuada de que María, por necesidad y por deber, por amor y por deseo, estuvo presente en todos los actos de la vida de Jesús; y si estuvo porque debió, y quiso, y pudo estar presente en la dolorosa Pasión, porque quiere, y debe, y puede, está presente en la Sagrada Eucaristía.

Relacionemos, para terminar estas consideraciones sobre un asunto que es inagotable, la promesa de Jesucristo, respecto de la Eucaristía, con dos pensamientos que encontramos en los



Santos Padres; y de estas relaciones veremos brotar la presencia de María en el Sacramento del amor.

"El que me recibe, dice Jesucristo, vivirá por mí" [1] es decir, se salvará.

"Oh María—dice San Buenaventura—el que querais que se salve, se salvará y aquel de quien apartareis vuestro rostro sufrirá la muerte eterna." [2]

"Nadie se puede salvar—dice San Germán, Patriarca de Constantinopla—sino por la Santísima Virgen."[3]

En tal virtud, si en la Eucaristía está la salvación, y la salvación no puede estar síno donde está María, es indispensable que esta inmaculada Virgen á quien con toda propiedad llamamos Puerta del Cielo, esté presente en este adorable Sacramento.

1 S. Juan VI, 58.
2 Salterio de la Virgen.
3 Serm. de la B. Virgen.

V.



EL ENCUENTRO CON SIMON.

SI Jesucristo vino á enseñarnos el camino del cielo con su vida inmaculada y con sus ejemplos edificantes; si todos los actos de su vida pública fueron dirigidos á establecer su doctrina con su palabra, afianzarla con sus preceptos y confirmarla con sus milagros, y si en los últimos pasos que dió sobre la tierra, condensó para hacerlas más perceptibles, más eficaces y más duraderas, todas sus enseñanzas, no es de estrañar que en toda su Pasión, hasta en los detalles más pequeños y en la apariencia más insignificantes, se nos presente, á la vez que como una víctima que padece, como un Maestro que instruye.



Quiso en su cruelísima Pasión, llena de misterios, hacer patente de una manera gráfica, su misión, sus beneficios, sus lecciones, sus preceptos, sus recompensas, al lado de nuestros deberes, de nuestra condición, de nuestro aprovechamiento, de nuestra observancia, de nuestros sacrificios, y también nuestra ingratitud, nuestra infidelidad y todas nuestras faltas, sobre las que fulmina las amenazas de sus castigos.

Entre todos los que de una manera ó de otra tomaron parte en su Pasión, señala algunos, que destacándose del cuadro en que se confunde la multitud, ocupan en él un lugar preferente siendo los representantes de la humanidad ó la parte de la humanidad que por los rasgos con que se distinguen, se les asemejan.

Barrabás en el Pretorio, puesto en paralelo con Jesús, representa á toda la humanidad culpable, que perecerá

si Jesús queda libre, y se salvará si Jesús es crucificado. Magdalena en el Calvario, recibiendo sobre su cabeza privilegiada las primeras gotas de sangre caídas del Sagrado Cuerpo, cuando la cruz fué levantada, es el tipo del amor y de la penitencia, como Juan lo es de la pureza y del amor.

El ladrón dichoso, á quien se concede el Paraíso cuando solo pide un recuerdo, es el representante de los pecadores verdaderamente contritos, que después de una vida culpable, se aprovechan en su última hora de los frutos de la Redención; como lo es el ladrón desventurado, que persiste en su obcecación y la blasfemia, de los pecadores empedernidos que después de una vida de crímenes, mueren en la impenitencia final.

En el paso que se presenta ahora á nuestra consideración, Simón el Cireneo desempeña un papel de importancia en el misterio de este encuentro:



pues no siendo representante de un grupo en el que se distingue un carácter especial, lo es de la generalidad de los cristianos.

Estos, como Simón que regresaba de su granja, sin ocuparse más que de su negocio, se encuentran con Jesús, cuando menos lo esperan, y cargados con su cruz en la que menos pensaban.

Ya tenemos á Simón detenido en su marcha, contrariado en sus planes, obligado á retroceder en su camino, cargado con la cruz de un ajusticiado, entre filas de soldados, como preso, é infamado por el contacto de la cruz.

Cuántas casualidades! Cuántas coincidencias! Cuántas contrariedades! Cuántos trastornos! Así discurrirá el espectador indiferente, y así discurrió tal vez el mismo Simón cuando fué detenido, y en nombre de la ley romana y del Centurión que presidía el cortejo, se le intimó la orden despótica que tantos perjuicios le causaba; pero el

Señor, que todo lo había dispuesto, hacía de todas estas circunstancias, al parecer casuales y fortuitas, un privilegio especialísimo, desprendiendo de él provechosas enseñanzas y armónicas analogías. Vamos á meditarlas.

Jesús y Simón, están soportando la cruz; es decir, que la cruz está en ellos. Y no podrá también decirse que ellos están en la cruz?

La cruz viene á ser un lazo que los une, un yugo que los oprime, una carga que los abruma, un adherente que los liga; y al estar los dos de esta manera en la cruz, se puede con toda propiedad decir que están el uno en el otro.

El está en mí y yo estoy en él; pudo con este grado de propiedad decir Simón. El está en mí y yo estoy en él, pudo de la misma manera decir Jesús.

Mas estas palabras no son nuevas! Ya Jesucristo las ha pronunciado. Dónde? Cuándo? A quién las ha dirigido?



El Evangelio nos da la contestación á estas preguntas, diciéndonos que en Cafarnaum cuando presagiaba el Misterio de la Eucaristía, anunciándolo á sus discípulos.[1]

He aquí, pues, á la Eucaristía desempeñando el mismo papel, envolviendo la misma promesa y produciendo el mismo efecto que la cruz.

El alma que lleva su cruz, está en Jesucristo y Jesucristo está en ella: y el alma que recibe la Eucaristía, está también en Jesucristo y Jesucristo está en esta alma: desempeñan, pues, el mismo papel.

También envuelven la misma promesa.

Jesucristo en otro lugar ha dicho: El que quiera salvarse, tome su cruz:[2] en otros términos, el que tome su cruz se salvará. La cruz, según estas palabras, es una promesa de salvación.

1 S. Juan VI, 57.
2 S. Mateo XVI, 24.

En el lugar, en la ocasión y en las circunstancias citadas antes, Jesucristo dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre—es decir, el que me recibe en la Eucaristía—tendrá la vida eterna:"[1] cuyas palabras hacen consistir en la Eucaristía una promesa de salvación.

Son, pues, una promesa de salvación, la Cruz y la Eucaristía.

Y por lo que se refiere á los efectos, son idénticos en cuanto á que constituyen la realización de la misma promesa.

Pero no solo en estos efectos, que podemos llamar los definitivos ó los finales, son semejantes la Cruz y la Eucaristía: también en la facultad que una y otra tienen de poner á el alma en aptitud de conseguirlos.

Para poner esta verdad en claro, comenzaremos por establecer algunas

1 S. Juan VI, 55.



de las analogías que existen entre la santa Cruz y la adorable Eucaristía.

La Cruz es santa, porque Jesucristo en ella estuvo; la Eucaristía es sagrada, porque Jesucristo en ella está.

En la Cruz fué clavado Jesucristo por los clavos del suplicio; en la Eucaristía está fijado Jesucristo por las palabras de la consagración.

En la Cruz, Jesucristo murió por nosotros; en la Eucaristía, vive por nosotros Jesucristo.

En la Cruz, se inmoló Jesucristo en el Calvario; en la Eucaristía, Jesucristo se inmola en nuestro pecho.

La Cruz nos une á Jesucristo; la Eucaristía nos identifica con El.

La Cruz ahuyenta los demonios; la Eucaristía nos pone á salvo de la tentación.

La Cruz nos abre las puertas del cielo; la Eucaristía nos hace ocupar un trono en él.

La Cruz nos trae á la memoria á Je-

sucristo; la Eucaristía lo conserva entre nosotros, y lo lleva á nuestro corazón.

La Cruz es la luz de los humildes; la Eucaristía es la luz del mundo.

La Cruz es la vida de los cristianos; la Eucaristía es el Pan vivo que da la vida eterna.

En la Cruz resplandece la bondad de Dios; en la Eucaristía está condensada esta bondad.

Jesucristo, para redimir al mundo, se sirvió de la Cruz; y para conservar en él los efectos de la Redención instituyó la Eucaristía.

Jesucristo clavado en la Cruz, está suspendido entre el Cielo y la Tierra; y presente en la Eucaristía, hace de la Tierra un Cielo.

Jesucristo en la Cruz, hiere el Corazón de su Padre para arrancar de El el perdón de los pecadores; y Jesucristo en la Eucaristía, perfecciona el



perdón de los pecadores para llevarlos hasta el Corazón de su Padre.

Jesucristo en la Cruz—dice S. Agustín—tiene la cabeza inclinada para besar á los hombres; el corazón abierto para amarlos; los brazos abiertos para recibirlos, y todo su cuerpo expuesto para rescatarlos: y Jesucristo en la Eucaristía, al tocar con la sagrada Forma los lábios del hombre, imprime en ellos su ósculo de paz; al penetrar en su corazón, derrama en él los raudales de su amor; al atraerlo hacia sí, en virtud de los efectos del Sacramento, lo estrecha en el más dulce y delicioso abrazo; y al darle su Sacratísimo Cuerpo, le hace la promesa de guardar su alma para la vida eterna.

En la Cruz brilla la sabiduría de Dios; y en la Eucaristía esta sabiduría está agotada.

La Cruz hace conocer el precio del alma redimida; y la Eucaristía aquilata el valor del alma santificada.

La Cruz es el precio de nuestra Redención; la Eucaristía es su más inmediata consecuencia.

La Cruz enseña todas las virtudes y perfecciones; la Eucaristía las lleva consigo y enriquece con ellas el alma.

Cuando Jesucristo muere en la Cruz, se abre la tierra, y el fragor de un horroroso cataclismo esparce el espanto en el espíritu de los que están presentes; cuando Jesucristo nace en la Eucaristía, se abre el Cielo, y entre los encantos de las armonías angélicas, baja suavemente á las manos del Sacerdote.

En la Cruz se dilata la vida y se forman los frutos de la felicidad; en la Eucaristía la vida se eterniza y los frutos de la felicidad se recojen.

La Cruz es el camino de la felicidad y de la vida; la Eucaristía es el término de la jornada.

La Cruz que no es más que una gota de amargura, se convierte, en la



Eternidad en un mar de felicidad; la Eucaristía que no representa más que una partícula de pan, es en sí misma un Oceano de delicias.

En la Cruz, el representante oficial de un Rey de la tierra, puso una inscripción que dice: «Este es el Rey de los Judíos;»[1] en la Eucaristía, el autorizado Representante del Rey del Cielo pronuncia estas palabras: "Hé aquí el Cordero de Dios." [2]

Aquella inscripción no pudo quitarla el furor de los judíos;[3] estas palabras no puede destruirlas la perversidad de los herejes.

La Cruz es el lazo de unión de todo el universo; la Eucaristía es la unión común de todos los fieles.

La Cruz se extiende desde el Oriente hasta el Occidente y sus brazos alcanzan del Septentrión al Mediodia;

1 S. Mat. XXVII, 37.—S Marc. XV, 26.—S. Luc. XXIII, 38.—S. Juan XIX, 19.
2 S. Juan I, 29.
3 S. Juan XIX 21 y 22..

la Eucaristía ofrece un sacrificio al nombre del Señor desde donde el Sol nace hasta donde el Sol se pone. [1]

La Cruz se eleva en la cúspide de los templos cristianos, para anunciar que ellos son la casa de Dios; la Eucaristía reside en el fondo de sus tabernáculos, se hace adorar en el centro de sus custodias y se hace servir como manjar en su mesa, como que está en su propia casa......

Para qué proseguir? No acabaríamos estas reflexiones, si intentaramos enumerar en ellas, si no todas las analogías, porque ésto para la inteligencia humana es imposible, por lo menos las que la limitada nuestra nos descubre; además de que esto no es en manera alguna necesario, pues lo que dejamos apuntado establece las más encantadoras armonías entre el signo de nuestra Redención y el centro de nuestra felicidad.

1 Malach. I, 11.



Oh preciosa Cruz, que tan directamente lleva á el alma á gustar las delicias de la Eucaristía!

Oh inefable Eucaristía, que tan espléndidamente recompensa á el alma las amarguras de la Cruz!

Dadas estas analogías que no pueden ser más perfectas, ni más naturales, ni más significativas, ni más exactas, el cristiano, para alcanzar la salvación de su alma, no tiene que hacer otra cosa que abrazarse fuertemente de la cruz y fijar sus ojos en la Eucaristía.

Para lo primero, no pierda de vista á Simón. El no eligió la cruz, que no solamente lo santificó á él, sino que á sus hijos los hizo santos: y no solo no la eligió, sino que ni la buscó siquiera y no solo no la buscó, si no que sín duda alguna se encontrarió de encontrarla, como tan á menudo nos acontece.

Cuánto nos contraria un revés de fortuna! Cuánto nos entristece una enfermedad incurable! Cuánto nos des-

garra el corazón, y nos divide el alma, y nos enluta la vida, y nos hunde en la desolación, y hace de la amargura nuestro alimento y de las lágrimas nuestra bebida, la muerte de un ser profunda y tiernamente amado en quien teníamos cifrada nuestra felicidad, en cuya vida lo teníamos todo, y sin el cuál la vida nos parece nada!........

Esta cruz no la buscamos, no la elegimos, y necesitamos hacernos, para tomarla, un esfuerzo que sin los auxilios sobrenaturales sería imposible.

La cruz que tocó llevar al afortunado Simón, fué la misma Cruz de Jesucristo: no la llevó sólo; ayudó á Jesucristo á llevarla. Con ligeras diferencias de forma, lo mismo nos pasa á nosotros: Jesucristo nos tiene preparada nuestra cruz, y El mismo nos ayuda á llevarla. Y no solo nos ayuda, sino que nos guía.

Siendo la Cruz del Salvador de madera, que es una sustancia rígida y



dura, Simón siguió sus pasos en la dirección de una linea recta, sin desviarse, porque no se podía desviar á un lado ni á otro; y áun es de suponer que en esta marcha, que por las condiciones en que se hizo debió ser uniforme, Simón puso sus plantas en el mismo lugar en que la sangre de sus piés desnudos, dejó marcadas las huellas de Jesús.

La cruz que á nosotros nos corresponde llevar en nuestro camino, que no es otra cosa que un Calvario, tampoco la llevamos solos: Jesucristo nos ayuda á llevarla.

El, desde la Eucaristía llama á los que estén fatigados y cargados, para aliviarlos, y en nuestra fatigosa peregrinación nos alivia de la fatiga, ayudandonos á cargar nuestra cruz: y este alivio, y esta ayuda, nos los da, tan amplios como nuestras necesidades lo requieren, en el Banquete celestial.

Si pudieramos eximirnos de la cruz,

podríamos, aunque nunca deberíamos hacerlo, alejarnos de la Eucaristía; pero el no estar continuamente cerca de ésta, cuando tenemos la necesidad de caminar con aquella, es consentir en desaprovechar sus ventajas, y lo que es peor, en trocarlas en verdaderos y graves inconvenientes: porque así como fortalecidos por la Eucaristía, la cruz es la fuerza ascensional que nos eleva hasta el Cielo, debilitados por la falta del manjar de los fuertes, la cruz será una carga pesadísima, que aumentando de peso por la desesperación, nos hará rodar hasta los abismos del Infierno.



VI.



EL ENCUENTRO CON LA VERÓNICA

BROTANDO el sudor de todo su cuerpo sacratísimo, por la fatiga, por el dolor y por la angustia; chorreando sangre de su venerable frente por las agudas espinas de la punzante corona; recibiendo las oleadas de polvo, levantadas por el inmenso gentío que en apresurados é irregulares movimientos se remolineaba en torno suyo; cuyo polvo, tomando consistencia al contacto de aquel sudor y aquella sangre, se adhería á su hermosísimo rostro, en el que, como en la tersa superficie de un brillante espejo se reflejaba el cielo; y encima de todo ésto, las inmundas y asquerosas salivas en que aquellos es-

píritus infernales en figura de hombres, lo profanaron sacrílegamente, haciendo sensible su odio, su furor, su perversidad y su desprecio, caminaba el Señor con paso lento, grave y majestuoso, doliente, por ver representadas en esos abortos del Infierno tantas criaturas, que desechando los preciosos efectos de la Redención, se habían de perder; mas por otra parte consolado, porque en el Cireneo que llevaba tras de sí, veía el representante de muchos fieles, que por la cruz y las tribulaciones, y siguiendo, con veneración sus pasos para recojer las gotas de su sangre, se habían de salvar. Pensaba, pues, en los beneficios de la Cruz y en las gracias de la Eucaristía.

Ni una mirada de compasión, ni un saludo de deferencia, ni una palabra de consuelo, ni una manifestación de interés tuvo ninguno de los que formaban ese oceano de gente, que en crispadas olas iba á estrellarse sobre el



dique, en lo general insuficiente, formado por la Centuria Pretoriana.

Jesús sufría solo, ya por los tormentos que caracterizaban esta marcha, que por sí sola constituía un verdadero suplicio, ya por los agravios que en la sucesión de los tiempos iba á recibir en la Sagrada Eucaristía, y que con toda claridad le dejaba ver su presencia, y le dejaban sentir los insultos de esos momentos.

En el polvo que nublaba su frehte, estaba figurada la indiferencia de los tibios.

En el sudor que bañaba su cuerpo, las negaciones de los impíos.

En la sangre que manaba de su cabeza, los ataques de los herejes. Y en las salivas que profonaban su rostro, que era lo más penoso de todo, los sacrilegios de los indignos.

Y sin embargo, se recreaba con la contemplación de la Eucaristía; y conservaba el recuerdo de su maravillosa

institución; y saboreaba el goce que encontró en el Cenáculo en la realización de su ardiente deseo; y decía en silencio á las generaciones todas del porvenir que lo habían de contemplar al través de la Historia, en ese camino, en esa situación y en esos tormentos: Este es el Cuerpo, que os anuncié ayer que sería despedazado por vosotros; y esta es la sangre, que conforme á mi misma predicción, se está derramando por vosotros y por muchos.

Y volvia á decir, llevando sus palabras con su pensamiento más adelante: Este es el Cuerpo que en todos los altares del mundo, «desde donde nace el Sol hasta donde se pone,» bajará del Cielo obediente á la voz del Sacerdote; y sin cesar, hasta el último día de los tiempos, será despedazado por vosotros y para vosotros. Esta es la sangre, que en la misma extensión y con la misma duración será derramada con el mismo objeto.

Es verdad que no hay Sacerdotes, que me hagan bajar del cielo para inmolar mi Cuerpo y derramar mi Sangre; pero yo sacaré de la nada criaturas llamadas á serlo, y las ordenaré para que perpetúen este sacrificio: es verdad que estos Sacerdotes desaparecerán de la escena de la vida, pagando, como mortales, el tributo forzoso á la muerte; pero yo cuidaré de reemplazarlos: y en todas partes á donde llegan hoy los efectos de mi Pasión, se harán sentir siempre los efectos de la Eucaristía.

Qué prodigio y qué grandeza; y á la vez, qué amor y qué bondad! Pasarán las generaciones, pasarán las edades, pasarán las costumbres. Todo, hasta el mismo Hombre Dios morirá, pero la Eucaristía vivirá siempre.

Estará siempre en la Sagrada Mesa con los vivos, y con ellos vivirá! Estará en el lecho del moribundo, á quien se entregará generosamente, como pro-

visión para el eterno viaje, y la Eucaristía vivirá. Se ofrecerá en los altares, en sufragio por los cristianos muertos, y siempre vivirá.

Y siempre tendrá, y verá siempre agruparse en su deredor, inteligencias que crean en ella, lenguas que la confiesen, almas que la adoren, corazones que la amen y fieles que la reciban.

Pero todos esos fieles que el porvenir oculta entre las sombras de sus nieblas, no tendrán un representante en este doloroso camino, ya que sus enemigos tienen tantos?......

Una distancia de 183 pasos comunes, según los datos más dignos de fé, había recorrido nuestro divino Salvador en este sangriento y doloroso camino, y su fuerza muscular estaba agotada, su debilidad era extrema, y para tomar un lijero descanso que le permitiera continuar su marcha, se detuvo *accidentalmente* frente á una casa que estaba á 44 pasos de la salida



de Jerusalen; es decir, de la Puerta Judiciaria.

Accidentalmente, decimos? Sí: tan accidentalmente como se sentó en Siquem á la orilla del pozo de Jacob; como pasó por el camino de Jericó, cerca del cuál se hallaba un ciego de nacimiento; como pasó cerca del cortejo fúnebre que llevaba á sepultar al hijo de la viuda de Naim; y como todos los actos de su vida, en la que nada fué accidental, pues todo estuvo por su presciencia previsto, y por su sabiduría ordenado, y por su omnipotencia dispuesto: todo estuvo lleno de doctrina, lleno de enseñanza, lleno de significación, lleno de misterios.

En Samaria ilustra á una mujer y convierte á un pueblo. En el camino de Jericó da la vista á un ciego, y en las puertas de la Ciudad de Naim resucita á un muerto.

Así en este paso, en el que tantas series de generaciones se han deteni-

acto
ria y
nada,
anera

men-
e las
e las
rom-
ponía
ocea-
s que
le los
a cu-
ia de
rtejo.
a lle-
enta-
ocu-

detu-
uerta,
ronto
a que



buscaba; se entró rápidamente á la casa y reapareció en seguida con un lienzo empapado en agua fresca; y con ademán firme y ánimo resuelto, se abrió paso por aquella masa de gente, rompió el cerco formado por la guardia, se acercó á Jesús, le lavó el rostro, quitándole todas las impurezas que lo cubrían, lo enjugó con delicadeza y con respeto, y se retiró en seguida.

No es este arrojo el mismo de que habla la Doctora Seráfica, cuando refiriéndose á la Sagrada Eucaristía asegura que pasaría sobre mil espadas si fuera necesario, para acercarse á ella?

Y qué fué lo que á esta mujer permitió llevar á cabo esta acción tan caritativa y tan heroica, con manifiesta y pública infracción de la ley, que prohibía, bajo penas severísimas, cualquier manifestación de simpatía en favor de los ajusticiados, y sin que se lo estorbaran el Centurion, responsable

de estas infracciones, ni los soldados, fieles observadores de su consigna, ni los Sanhedritas cuyo odio contra Jesús iba en aumento, ni el populacho judío en el que este mismo odio se había inoculado?

Ciertamente no es una causa natural lo que puede dar la explicación de este hecho inexplicable.

En esta mujer está el representante de los fieles amantes de la Eucaristía que buscabamos, y en este acto está figurada la Comunión Reparadora.

Ella, en efecto, purifica el rostro hermoso de Jesús Sacramentado, del polvo de la indiferencia, del sudor de la impiedad, de la sangre de la heregía y de las salivas del sacrilegio: proporcionandole á la vez el consuelo de ser lavado con las lágrimas del amor y enjugado con el lienzo de la pureza.

Luego que esta mujer entró á su casa, cuya puerta cerró inmediatamente, extendió el lienzo para secarlo: y cuál



fue su sorpresa y su alegría al ver estampado en él el rostro divino de Jesús!

Lo mismo pasa á el alma que comulga.

Al limpiar el rostro de Jesús de todo lo que las irreverencias y las culpas, han arrojado sobre él con sacrílega mano, recibe la mirada de aquellos bellos ojos, que á su vez la purifican hasta de la sombra del pecado, dejandola tan tersa, tan pura y tan brillante como un diáfano cristal en el que se refleja el rostro de Jesús. Y no solamente se refleja, tambien se graba! Y no solameute se refleja y se graba, tambien se conserva!

Con razón el insigne Franciscano S. Leonardo de Porto Mauricio, prorumpe en esta patética exclamación, dirigiendose al cristiano que medita este paso conmovedor del Santo Viacrucis: "Feliz de tí, sin con Jesús esculpido en el corazón vivieres! Feliz de tí, si

con Jesús esculpido en el corazón mu-
rieres!"

No de otra manera creemos que se verificó el portentoso misterio de la transustanciación en la maravillosa Institución de la Sagrada Eucaristía-

Jesucristo tomó el pan en sus venerables y sagradas manos, y clavó so. bre él sus miradas ardientes y divinas. Con el contacto de esas manos creadoras, y con el fuego de esas miradas celestiales, el pan se trasparentó como un espejo; en él se reflejó la imágen que tenía delante, viniendo á ocupar el lugar de la sustancia, fundida por ese fuego y trasformada por ese contacto; y viendose á sí mismo, como el Padre en la Generación Eterna, se reprodujo, dejando en el pan, otro ser idéntico á sí mismo, otro El.

Mas la figura que acaba de presentarse en el cuadro de nuestras meditaciones, es en alto grado interesante, y por la significación que tiene, por las



lecciones que da, por los ejemplos que presenta y por los misterios que descubre, está reclamando, aunque sea por breves instantes, nuestra religiosa atención.

Ocho virtudes hay que admirar especialmente en esta piadosa mujer.

1ª. La Fé.

Es indudable que ella creía en la divinidad de Jesucristo, en quien veía por consiguiente al Hombre-Dios; pues solo por este conocimiento pudo decidirse á dar un paso tan arriesgado: y si la hubiera inspirado una pasiòn común, habría hecho extensivo este servicio á los otros dos ajusticiados, que iban al patíbulo juntamente con el Redentor.

Ademas, es opinión muy aceptada la de que esta mujer es la misma que tuvo tan grande empeño en acercarse á Jesús para tocar la orilla de sus vestidos, pues sabía que por este solo he-

cho, quedaría libre de un flujo de sangre que llevaba mucho tiempo de padecer, y estaba considerado como incurable; y habiendo logrado su objeto, quedó sana en el acto.

Y es claro que la Fé que tenía cuando se acercó á Jesús, se arraigó más en su espíritu, y con más subidos quilates, á la vista de ese prodigio; y esa Fé en cuya virtud debió de haber seguido á Jesús, oyendo sus palabras, presenciando sus milagros y observando su doctrina, la acompañó siempre, y le inspiró esta meritoria acción en el instante supremo del paso que estamos considerando.

2ª. La Gratitud.

No olvidó esta delicada mujer el beneficio recibido; y sostenida por este recuerdo, no dejó pasar la oportunidad que se le presentaba, para mostrar su agradecimiento; y así como en otro tiempo luchó con las dificultades, se

abrió paso por entre las turbas y no retrocedió ante ningún obstáculo, para acercarse á Jesús, cuando iba á recibir el beneficio, así ahora, hizo lo mismo en mayor escala, cuando iba á corresponderlo.

3ª. El Amor.

Ninguno ama más, había dicho Jesús pocas horas antes á sus discípulos, que el que da la vida por sus amigos; y esta mujer espuso la suya, pues conocía las penas con que la ley la amenazaba; el despotismo genial de los legionarios romanos; la brutalidad de los soldados, dispuestos siempre á hacer uso de las armas; el odio de los judíos que estaba fermentando en millares de gentes, que no dejarian perder la menor oportunidad para desahogarlo, y las ningunas probabilidades que tenía de librarse de esta múltiple persecución que iba á provocar, vistas las

dificultades que tenía para huir, en el caso de que lo hubíera intentado.

4ª. La Fortaleza.

Siendo el amor fuerte como la muerte, según la expresiva y gráfica expresión de los Cantares,[1] en sí misma tiene la fortaleza que le es tan necesaria para sus manifestaciones: pues como dice el mismo inspirado Libro, ni las inundaciones pueden extinguirlo, ni los ríos podrán apagarlo.[1]

Ella nada teme porque unida por el amor á su amado, se reconoce como El, superior á todo; nada le arredra, porque lo más capaz de producir este efecto es la muerte, y ella se halla dispuesta á dar la vida; nada la detiene, porque con todo está dispuesta á luchar; nada le estorba, porque todo lo quitará de su camino para abrirse paso.

1. VIII, 6.
1. VIII, 7.



5ª. La Energía.

Ni por un instante vacila: desafía los peligros, desprecia el respeto humano, es insensible á la murmuración, no hace caso de las opiniones que puedan serle contrarias, y ni consiente en que se discuta lo que sabe que debe hacer, y quiere hacer, y está dispuesta á hacer.

6ª. La Resolución.

No se le oculta que puede haber, no alguno, sino algunos, y tal vez muchos, que se apresuren á impedírselo; ella no retrocede, se cree capaz de todo; y como la enamorada Esposa de los Cantares, que oye la voz de su amado, y lo vé venir hacia ella, saltando por las montañas y atravesando las colinas, [1] ella tambien va hacia él, corriendo y saltando: corriendo para anticiparse á sus enemigos;

1. II, 8.

saltando, para no tocar con el pié los obstáculos que puedan detenerla ó en los que pueda resbalar.

7ª. La Humildad

No ignoraba la Verónica la deshonra y la degradación que caian sobre el que se acercaba, y más aún, tocaba á un ajusticiado, ó el instrumento de su suplicio: ella aceptó de antemano esta degradación y esta deshonra, consintiendo en rebajarse hasta el envilecimiento en que las costumbres de aquellos paises y de aquellas épocas la pusieron.

Ella era humilde, y estaba, por lo mismo, dispuesta á sufrir con valor los desprecios que pudieran sobrevenirle, y tal vez ya de antemano se alegraba de ello.

Ella sabía, ó por lo menos sentía, la gran verdad á que más tarde dió forma S, Agustín cuando dijo: que "so-



lamente con la humildad nos acercaremos á la grandeza de Dios;" y á esta grandeza iba esta piadosa y afortunada mujer á acercarse.

No ignoraba tampoco, que en el órden natural, su pretensión era no solo difícil, sino imposible; pero esta consideración no la preocupaba, ni podia preocuparla, porque según lo que afirma S. Leon, "nada es imposible, ni siquiera difícil á los humildes."

Ella, además, no buscaba alabanzas, ni daba valor alguno á los vituperios. Y así como la Magdalena, en un exceso de amor y de humildad lavó los piés del Redentor divino, la Verónica en un exceso de humildad y de amor lavó el rostro de este mismo Redentor, en circunstancias bien diferentes y más desfavorables.[1]

Otra persona no habría podido llevar á cabo una acción tan grande, porque

1. Véase mi opúsculo sobre el Sto. Viacrucis.—Páginas 297 á 299.

«sólo el humilde es capaz de cosas grandes:»[1] y en la muger Verónica la humildad era notoria; y esta virtud guardaba como estuche precioso, dándoles nuevo realce, todas las demás.

8ª. El deseo.

Un sentimiento delicado del corazón, que era á la vez una aspiración sublime del alma y una inclinación decisiva de la voluntad, era el agente que ponía en acción todas estas virtudes llevandolas á una aplicación tan heroica, tan santa y tan digna: este agente era el deseo.

Deseo noble, deseo puro, deseo ardiente, deseo excepcional, deseo digno de todo elogio. Y este deseo, origen de as mencionadas virtudes, fortificándoas y haciéndolas practicar, las pone en ejecución sin que la detenga el respeto humano, ni el temor, ni los sufri-

1 Cornelio A. Lápide.



mientos, ni las amenazas ni la misma muerte.

En estas ocho virtudes se puede decir que están bosquejadas las disposiciones que debe tener el alma para recibir cristianamente la Sagrada Eucaristía.

La Fé le hace creer que en la Sagrada Forma en la que se le da el Sacramento, están el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

La gratitud la decide á entregarse por completo, sin reservarse nada, á Aquel que se le entrega todo entero, sin reservarse cosa alguna; pues en esta entrega agota sus riquezas, no obstante que son infinitas; siendo á la vez este natural y noble sentimiento, la base de la acción de gracias.

El amor es la esencia de este Sacramento, que con toda propiedad se llama el Sacramento del Amor; y siendo así que el amor tiene que ser recí-

proco, que «ninguno ama más que el que da la vida por sus amigos» [1] y que Jesucristo, después de haber dado su vida en la Cruz por el alma que lo recibe, se va á inmolar en el corazón animado por esta alma, natural es que éste, ardiendo en el mismo fuego, diga con toda convicción á su amado: «te ofrezco mi vida.» [2]

La fortaleza, que pone en el espíritu esta verdad, y la arraiga en él con la fuerza de una convicción: «Dios con migo, quién contra mí?», pone al cristiano en aptitud de seguir con pié firme y paso seguro el camino de la virtud, sin detenerse por infundado miedo, ni precipitarse por vituperable osadía; sino que, aprovechando este don del Espíritu Santo, que lo hace obediente á las divinas inspiraciones, que Jesucristo le comunicará sin duda cuando esté dentro de su pecho, ten-

1 S. Juan XV, 13.
2 Acto de contrición.



drá su alma en la más profunda armonía consigo misma.

La energía, haciéndole cumplir sus propósitos, á pesar de las dificultades que para esto se le presenten, encadenará su voluntad á una generosa resolución, que siendo inquebrantable, hará pedazos las armas con que traten de cerrarle el paso, sus irreconciliables enemigos el demonio, el mundo y la carne.

La humildad, que en su esencia no es otra cosa que el conocimiento, en cuanto es posible perfecto, de Dios y de sí mismo, pone en el corazón del cristiano que comulga, haciéndolas pasar á sus labios, momentos antes de ser santificados por el contacto divino, estas expresivas palabras, que á la vez que constituyen la manifestación más explícita de la humildad, lo son del verdadero arrepentimiento: «Señor, yo no soy digno!" ....

La Sagrada Eucaristía es un convi-

te de bodas, y la humildad es el vestido nupcial con que pueden ocupar un asiento en la mesa del festín, los lisiados y los cojos, y sin el que nadie puede entrar á él sin incurrir en la indignación y en el castigo del Padre de familias: pues según la expresión de San Gregorio, «el vestido de las virtudes es la humildad »

En este Sacramento da Jesucristo la prueba más terminante del valor de esta virtud, que ejercita más que en Belen, donde los angeles anuncian su nacimiento; más que en el Establo, donde una misteriosa Estrella lo ilumina; más que en el Pesebre, donde los Reyes llegados de lejanas tierras lo adoran; más que en su vida pobre y oscura, donde su predicación lo engrandece y sus milagros lo descubren; más que en su proceso, donde el mismo Juez que lo juzga como culpable, lo declara inocente; más que en su sentencia, en la que, al ser condenado como



criminal es proclamado como Rey; más que en su Cruz, donde á la vez que no tiene ni una gota de agua, concede un Reino; más que en su muerte, en la que, mientras inclina la cabeza porque no tiene donde reclinarla, toda la naturaleza se conmueve á la acción de un espantoso cataclismo.

Nada, pues, más natural, que la virtud que Jesucristo escoje, como vestido de bodas, para venir á nosotros, sea el mismo con que nosotros nos engalanemos para ir á El.

Y en cuanto al deseo, es quizá la primera de las disposiciones para acercarse á la Sagrada Mesa; sea por razones de reciprocidad, siguiendo los ejemplos de Jesucristo, que son lecciones provechosísimas, sea por lo que este afecto del ánimo es en sí mismo.

Respecto de lo primero, Jesucristo, momentos antes de instituir la Sagrada Eucaristía, abrió su Corazón lleno de ternura para vaciar en el de sus dis-

cipulos un deseo: y con palabras verdaderamente celestiales, que no tienen traducción en ningún idioma, «ardientemente—les dijo—he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión.» (1)

Y en cuanto á lo segundo, el deseo por sí solo constituye la Comunión Espiritual, que en algunos casos, casi reemplaza á la Comunión Sacramental.

La Sagrada Eucaristía, como lo sabemos muy bien, nos pone en posesión de Dios, cuya posesión entra con el amor á Dios y la vista de Dios, á constituir la Bienaventuranza: es, por lo mismo, un Cielo anticipado, puesto que amamos á Dios; y aunque no lo vemos con los ojos del cuerpo, sí lo vemos con los ojos de la Fe.

Pues siendo esto así, el deseo de recibir la Sagrada Eucaristía es de tan alta significación, que gozarán con más

(1) S. Luc. XXII, 15,



abundancia de la presencia divina allá en el Cielo, las almas que con más afan lo hayan deseado en este Sacramento; porque la dulzura del goce está en razón de los deseos.

Para dar una idea sensible de los deseos, por medio de una figura material, se les compara con la sed: es decir, con ese deseo ardiente de beber, que es la manifestación de una imperiosa necesidad. Y si este deseo en el pueblo de Israel, hizo brotar agua de una roca insensible y seca, cómo del Corazón sensible, delicado y amoroso de Jesús no hará brotar el vino de la caridad que está en su sangre, y el agua de la vida que está en su esencia, el deseo de recibirle, cuando es verdadero deseo! "Venga el que tiene sed---dice--y el que quiera, tome gratuitamente el agua de la vida.» (1)

Todavía la mujer Verónica nos pre-

[1] Ap. XXII, 17.

senta nuevas lecciones para la Sagrada Eucaristía; es decir, todavía hay nuevos lazos de unión y nuevas analogías, entre este paso del Camino de la Cruz y el Sacramento del Amor.

La mujer Verónica se preparó para acercarse á Jesús y prestarle este servicio. Sabía quién era Jesús; á dónde iba; cómo iba, y con qué objeto iba, puesto que tenía Fé, que había oido su predicación, que conocía su doctrina, que había presenciado sus milagros, que había recibido sus beneficios: y por eso el respeto, la compasión, la gratitud, el amor y demás circunstancias apuntadas, tomaron parte en los preparativos: así es que cuando el Señor llegó á su puerta, ya todo lo tenía preparado, y ni un instante tardó en acercarse á Jesús, para lavarle su hermosísimo rostro, afeado, sangriento, sucio y escarnecido. Lo mismo sabe el cristiano que antes de la Comunión,



debe «pensar en el Sacramento, á quién viene, cómo y con qué fines» (1)

Inmediatamente que se retiró de Jesús, se encerró en su casa, sin que la gente, los soldados, la novedad en fin que á todos los atraía, á ella la perturbara; y cuando al extender el lienzo, vió estampado en él el rostro que acababa de limpiar, su gratitud no conoció límites, y sin cansarse de mirarlo, y admirar el prodigio, y agradecer el beneficio, se extasió en la más mística, en la más perfecta, en la más elevada, en la más fervorosa acción de gracias.

La preparación, el recogimiento interior y la acción de gracias, son tres circunstancias absolutamente indispensables en la Comunión, de las que, la piadosa mujer Verónica, nos da las lecciones con el ejemplo.

En la preparación, ella esperaba el momento de realizar sus deseos: en la

(1) Ripalda.

preparación, el cristiano debe vigorizar su esperanza.

En el recogimiento, ella cerrando tras de sí la puerta que ponía su casa en comunicación con la calle, quedó sola con el pensamiento de lo que acababa de ejecutar: en el recogimiento, el cristiano debe cerrar la puerta que lo pone en comunicación con el mundo, y aislarse, con el pensamiento de lo que acaba de recibir

En la acción de gracias, ella no cesaba de ver la imagen adorada de aquel rostro divino estampado en el lienzo: en la acción de gracias, el cristiano debe constantemente recrearse con el mismo Jesucristo inmolado en su corazón.

Y cuántas cosas diría con su lenguaje mudo, ese rostro divino, á la mujer que lo contemplaba!

Y cuántas cosas diría esta mujer á aquella reliquia que con tanta generosidad se le había dado!

Cuántas cosas dice también con el



mismo lenguaje el Verbo divino al cristiano que lo tiene en su pecho!

Y cuántas, á su vez dirá el cristiano al Hombre--Dios por el inmenso bien que con tanto amor le ha concedido!

Puede asegurarse que los momentos más felices en la Vida de la Verónica, fueron aquellos que pasó en la dulce y extática contemplación de la reliquia que tenía delante; y los momentos más deliciosos en la vida del cristiano, son, como lo hace notar San Bernardo, aquellos que pasa en regalados y celestiales coloquios con su Dios que tiene en su pecho.

Es de suponer que la Verónica, todos los días, y aún varias veces cada dia, estendería ante su vista el lienzo bendito que contenía aquella imagen sagrada: así el cristiano debe con frecuencia extender ante su consideración el momento solemne en que entró á su corazón el mismo Jesucristo.

La meditación más detenida, más ilustrada y más fervorosa de estos dos interesantísimos asuntos, descubrirá sin duda alguna entre ellos, nuevas relaciones, nuevas analogías, nuevos lazos de unión y nuevas enseñanzas.

VII.



LA SEGUNDA CAÍDA.

A cada paso que nuestro divino Redentor da por ese camino doloroso, que sin exajeración puede decirse que va regando con su sangre, se acentúan más las pérdidas que su Sacratísima Humanidad va sufriendo, y se ve cómo la energía vital se va agotando.

El peso de la cruz, lo accidentado del terreno, la irregularidad en la marcha y todo ese conjunto de fuerzas estrañas que obran sobre El, exceden

con mucho á la resistencia de que puede disponer para contrarrestarlas: y oscilando sobre sí mismo por la debilidad de los pies y los desvanecimientos de la cabeza, no puede conservar el equilibrio de su cuerpo despedazado.

Este se haya cubierto de llagas, entre las que hay una que excede á todas las demás, por su extensión, por su puntualidad, por su naturaleza por el lugar que ocupa, por la cotínua presión que sobre ella se ejerce y por la vehemencia de los dolores que produce.

Tantas circunstancias desfavorables, hicieron como no podían menos de hacer su efecto; y así, al llegar á la puerta de la ciudad por donde debía salir el cortejo, cayó el Señor exánime con más fuerza que la primera vez, quedando durante unos instantes, tendido en tierra, confundido con el polvo.....

Detengámonos brevemente á considerar las circunstancias en que se verificó esta caída, que fueron la causa que la determinó.

Las principales fueron, según lo dejamos apuntado, 1ª el peso de la cruz; 2ª lo accidentado del terreno; 3ª la irregularidad en la marcha; 4ª el estado de agotamiento en que Jesucristo se encontrava; 5ª los dolores causados en todo su cuerpo tan cruelmente maltratado, por las llagas que lo cubrían, especialmente por la del hombro izquierdo, que la presión y el roce de la cruz hacían más extensa, más profunda y más dolorosa.

Qué imágen tan exacta del pecador, en su marcha difícil y tortuosa por los senderos del pecado!

Teniendo presente que los pecados del mundo solo están representados por la cruz, y que ellos fueron la causa de la inhumana flagelación que abrió estas llagas, no podemos menos que



ver al pecador representado por Jesucristo.

El lleva, en efecto sobre sí, la carga de todas las culpas; siendo tanto más pesada aquella cuanto más numerosas son estas. El camino del crímen es muy accidentado y está lleno de disgustos, congojas, sobresaltos, peligros, asperezas de todo género, con las que unas veces tropieza el pié; otras resbala y otras se da un paso en falso. La marcha es muy irregular: pues el que camina por esa senda, unas veces corre, para asegurar la oportunidad que se le escapa; otras se detiene para no caer en el lazo que se le tiende; ya se desvía para evitar el peligro que le amenaza; ya huye para escapar del enemigo que lo persigue; Su agotamiento es extremo, porque el pecado mortal tiene á su alma herida de muerte; y entre esas heridas se distingue la de la pasión dominante, rea-

gravada por los pecados que se acumulan para halagar esta pasión.

El infelíz pecador en este estado, con la debilidad en los píes, porque no ha sabido vigorizarlos, y con la cabeza perturbada por el vértigo de la pasión, cae sobre la tierra de su nada y queda cubierto con el fango de la culpa.

Y aquí me encuentro yo de nuevo representado.

Como Jesús en su camino al Calvario, yo caí en mi peregrinación por el mundo; pero como El, me levanté, y seguí mi camino. Una vez más me fortalecí con el pan de los fuertes, y una vez más me debilité con las bellotas de los animales inmundos...... y aquí me asalta el dulce recuerdo de mi segunda Comunión, acibarado por el amargo recuerdo de mi segunda caída!

Después de mi desgraciada primera caída, me levantè con presteza para



seguir mi marcha por el camino comenzado...... Ahora, he quedado caído, con el rostro en la tierra, cubierto de polvo y abrumado por el peso de mis numerosas y graves culpas.

Y así me ha sucedido, porque así debió sucederme; porque con una ingratitud que no tiene nombre, desalojé á Jesucristo de mi corazón, cuyas puertas le abrí al demonio, que no entró solo, sino acompañado de «siete espíritus peores que él;» [1] porque mi alma estaba agobiada por el peso de mis pasiones no contenidas y de mis culpas consumadas, y porque estaba á la vez adolorida con tantas llagas y debilitada por tantos dolores.....

Es de suponer—aunque en ninguna parte se encuentra consignado—que Simón, que ayudaba á Jesús á llevar la cruz, lo ayudó á levantarse; siendo esta ayuda la única eficaz, la única

1 San Mateo XII, 45.

digna de este nombre, la única que le llevó una mano amiga: pues lo que la soldadesca, y la plebe, y toda la canalla que seguía el cortejo, hizo en este sentido, que fué golpear, zaherir y ultrajar á Jesús, lejos de ayudarlo á ponerse en pie, sólo servía para derribarlo de nuevo, haciendo inútiles sus esfuerzos.

Si como lo vimos en una de las meditaciones anteriores, Jesús ayuda á llevar la cruz á el alma fiel—pagándole con creces el servicio que recibió de Simón—cuando camina, también Jesús, por la misma recíproca y generosa correspondencia, le ayuda á levantarse cuando cae: siendo esta ayuda la única que puede servirle, pues sus cómplices en el pecado, ó áun los simples espectadores de su caída, no harán, porque no pueden hacer otra cosa, que hacerla más funesta, reagravando sus efectos.

Y cuál es esta ayuda que Jesucris-



to proporciona á el alma que la nece-
sita? Y en qué consiste su eficacia?
Y cómo, no diré me ayudó á levantar-
me, sino me levantó en esta mi segun-
da caída?

Yo no hice otra cosa más que decir
le: Señor, estoy caído...... Señor, pe
qué. Dáme tu ayuda...... Ten mise
ricordia de mí...... No puedo ni áu
moverme, y soy incapaz de levan
tarme. Señor, yo no soy digno. Per
tiéndeme tu mano poderosa, y esto
seguro de poder ponerme en pie, d
una sola palabra y mi alma sanará.

Y sentí que mis ojos, y mis recuer
dos, y mis deseos se fijaron en el Ta
bernáculo, hacia el que me atraía un
fuerza irresistible; y sentí nacer en m
pecho la confianza; y del fondo del Sa
grario volví á escuchar la misma vo
amiga que conmovió toda mi vida co
las armoniosas vibraciones del mism
encantador y dulcísimo "Ven."

Encantador, y dulce, y consolado

y necesario, pues yo no solamente estaba fatigado y cargado, sino también caído.

Y no se limitó á llamarme; pues viéndome postrado en tierra, se acercó á mí, y me tendió la mano para que me levantara, y me sostuvo en sus brazos para que siguiera, y me llevó á la milagrosa fuente del perdón para que me purificara; y después.... no me dijo como á Elías: "levántate y come," [1] sino que señalándome un lugar de honor en la Sagrada Mesa, "siéntate, me dijo, y come hasta quedar satisfecho, y bebe hasta embriagarte." [2]

¡Qué contraste! De estar caído, maltratado, harapiento, cubierto de sangre y de polvo y siendo víctima de la crueldad de mis verdugos, á estar en pie, limpio, sano y en traje de bodas ocupando un lugar preferente en el banquete nupcial!

1 3° Reyes, XIX, 5 y 7.
2 Cant. V, 1.

Con toda propiedad, con toda justicia y también con toda gratitud, puedo, Señor, decirte con el inspirado Salmista: «Me preparaste una espléndida mesa, contra aquellos que me atribulan.» [1]

Pero éstos no desistirán de atribularme, y no cesarán, por lo mismo, de perseguirme; mas estas persecuciones no les darán resultado, pues Aquel que me prepara esta espléndida mesa, se da á mí como manjar, dándome su carne como alimento y su sangre como bebida, por lo que El está en mí y yo estoy en El; [2] y siendo esto así, nada tendré que temer, porque estando Dios conmigo, nadie podrá nada contra mí: [3] porque, suponiendo que se atrevieran á atacarme, yo los vencería, como todos los que los combaten con las

1 Ps. XXII, 5.
2 San Juan VI, 57
3 Rom. VIII, 31.

mismas armas, que «han vencido con la sangre del Cordero.» [1]

El arsenal de estas armas, que hacen invencibles á los que con ellas pelean, está en la Sagrada Eucaristía, como lo vió en visión profética David, cuando dijo las palabras ya citadas: "Señor, me habéis preparado una mesa contra los que me hacen la guerra." [2]

¡Mi segunda caída! ¡La Sagrada Comunión! Esto es, el veneno y la medicina; la enfermedad y la salud; la muerte y la vida.

El estado en que á nuestro Divino Redentor nos lo presenta en su Santísima Humanidad, el paso que en sus relaciones con la Eucaristía estamos considerando, da una idea aproximada del estado en que se encuentra el alma caída por el pecado; el estado de un ser asido ya por la garra de la

7 Ap. XII, 11.
8 Ps. XXII, 5.

muerte; pero si el pecado causa este doloroso efecto, la Sagrada Eucaristía lo destruye; porque la Eucaristía es pan de vida, «bajado del Cielo para que el que lo coma no muera; y el que coma de este pan vivirá.» [1]

De esto se deduce de una manera natural y sin hacer violencia al raciocinio, que el que no come este pan sí morirá; y siendo la caída un estado de muerte, el caído que no coma este pan no se levantará.

Resumiendo estas consideraciones y sus inmediatas analogías, tenemos en el paso que estamos meditando, tres puntos esenciales: 1.° Jesús cae con la cruz; 2.° Jesús permanece en el suelo por el abatimiento de su cuerpo y por el golpe de la caída; 3.° Jesús se levanta y sigue su camino.

En sus analogías con Jesucristo, el pecador: 1.° cae con el peso de sus culpas; 2.° permanece en el pecado

9 San Juan, VI, 50, 52.

por la debilidad de su espíritu y por el choque producido en su alma por la caída; 3.° se levanta y sigue su vida cristiana, merced á la Sagrada Eucaristía. Sin ella quedará caído y morirá de muerte.

En este paso, como en todos los de su acerbísima Pasión, como en todos los de su preciosa vida, nos da Jesucristo, con sus saludables ejemplos, provechosas enseñanzas.

Aquí, al caer, nos enseña qne las caídas son inevitables y que debemos estar con mucho cuidado, con muchas precauciones, con mucha vigilancia, para evitarlas hasta donde sea posible.

Nos enseña también que cuando la caída es fuerte, por el peso de los pecados que la constituyen y por la debilidad en que ponen á el alma la costumbre ó el abandono, es casi imposible levantarse con los propios esfuerzos, que son insuficientes para vencer



las resistencias que se les oponen; y esto, por sí sólo, es un grave mal, porque durante este tiempo de postración puede sobrevenir la muerte.

Nos enseña, por último, que es necesario á la vez que es posible levantarse, y levantarse con nuevo vigor para seguir caminando; y como este vigor sólo puede darlo la Eucaristía, y como aquella posibilidad sólo está en la Eucaristía, resulta que en esta caída se nos enseña la Eucaristía, se nos habla de la Eucaristía, se nos exhorta á la Eucaristía y se nos hace amar la Eucaristía.

Así pues, si este misterioso paso del Santo Viacrucis me trae el recuerdo de mi segunda Comunión y de mi segunda caída, me presenta á la vez la promesa, la esperanza y si lo quiero de veras, la completa seguridad de mi arrepentimiento, de mi nueva vida y de mi perfecta santificación.

VIII.



EL ENCUENTRO CON LAS PIADOSAS MUJERES.

SI la caridad y la compasión, que en la sucesión de los tiempos futuros debía caracterizar á los fieles discípulos de Jesucristo, tuvieron su representante en la heroicidad de la mujer verónica, el arrepentimiento y el dolor, tan necesarios para aquella fidelidad, lo tuvieron en las lágrimas de ese grupo de mujeres judías, que corriendo tras de Jesus, para presentarle su obsequio, el único compatible con la situación en que se hallaba, se encontraron con El enmedio de sus feroces verdugos, en un estado que ni aun podían imaginarse; pues no era de creerse que un hombre, que

por estar bajo la autoridad de la ley, debía estarlo también bajo su protección, hubiera sido y estuviera siendo el blanco de tan desmedidos ultrajes. Sabían que lo iban á ajusticiar, y suponían por lo mismo, que se le trataría con las condiciones á que tienen derecho los ajusticiados.

Formaba parte de estas consideraciones la prescripción consignada en el Talmud que decía á la letra: «Al que va á morir le darás á beber una copa de vino con un grano de incienso á fin de que pierda el conocimiento de sí mismo." [1]

Esta bebida que los judíos llamaban *posca* y los romanos *sopor*, era generalmente preparada por las damas más distinguidas, las que en muchos casos la llevaban personalmente para entregarla á alguno de los que intervenían en la ejecución, á fin de que la

1. Sanhedrin VI. 1.

diera á beber al infeliz que iba á morir.

Se cree que estas mujeres, entre las que iba la madre de S. Marcos, llevaban este vino; y por eso estaban allí, donde se encontraron detenidas por el cortejo, como nosotros nos encontramos detenidos por una reflexión. Estas mujeres, que iban en busca de Jesús, estaban preparadas con el vino narcótico que le llevaban.

La Verónica, que se acercó á Jesús, iba también preparada con agua para limpiar su rostro y lienzo para enjugárselo.

Y en Belen, los Magos fueron preparados con los dones que le ofrecieron: y estos ejemplos nos enseñan que no se debe el alma acercar á Dios, si no es convenientemente preparada. Esta preparación debe ser tanto mas esmerada, cuanto más cerca va á estar el alma, de Jesús; y como en ningún caso está más cerca que en la

Sagrada Eucaristía, en ningún caso debe estar mejor preparada.

Observemos también que estas piadosas mujeres, llevaron al mismo tiempo que el vino, las lágrimás de su desconsuelo. María Magdalena, mezcló á la esencia del nardo, las lágrimas de su amor; y es de suponer que la Verónica derramó al ver á Jesús las lágrimas de su compasión. Y aquí tenemos á las lágrimas sirviéndonos de medio para acercarnos á Jesucristo, enriqueciendo, por lo mismo, nuestra preparación para la Sagrada Eucaristía.

A Jesucristo no se llega, pues, sino por el camino de las lágrimas, pues El vino á nosotros por el mismo camino, y por el mismo camino vamos á El en busca de nuestra reconciliación en el sacramento de la Penitencia, cuya parte principal es la contrición; y por el mismo viene El á nosotros en el Sacramento de la Eucaristía, puesto que este sacramento, en el que se

nos entrega para inmolarse en nosotros, es un sacrificio, y que no hay sacrificio sin dolor, ni dolor sin lágrimas.

Y en este Sacramento admirable el Pan de los fuertes se encierra en un puñado de harina que no resiste á la más ligera presión; y las lágrimas que son la manifestación de la debilidad, tienen la fuerza necesaria para dominar al poder.

"Oh humildes lágrimas—dice San Lorenzo Justiniano—triunfais del Invencible y atais al Omnipotente; haceis bajar hasta nosotros al Hijo de la Virgen, abris el cielo y ahuyentais el demonio."

Y en efecto, por las lágrimas consiguió Magdalena el más espléndido perdón, en el que, según la gráfica expresión de Jesucristo, se le perdonó mucho, porque amó mucho.[1]

Por las lágrimas mereció la afortu-

1. San Luc. VII, 47.



nada Beranice, que Jesucristo la obsequiara con la preciosa reliquia de su Rostro divino, pintado en el lienzo de la caridad con el pincel del milagro.

Por las lágrimas de las piadosas mujeres, Jesucristo se detiene en su camino al Calvario, y hace que se detengan con El los oficiales, y los soldados, y los verdugos, y los Sanhedritas, y los millares de gentes que lo llevaban y lo seguían, con la misma autoridad con que en el Gethsemaní derribó en tierra á los aprehensores que le buscaban; trocó el lugar de las ígnominias del reo en la Cátedra que engrandece las glorias del Maestro; rompió el silencio, que desde el tribunal del Pretor había guardado, y dirigió á las mujeres á quienes vió llorar, expresivas, consoladoras, elocuentes y amenazadoras palabras.

Y lo que no consiguieron ni los interrogatorios de Caifás, ni las acusaciones de los Sanhedritas, ni las astu-

cias de Herodes, ni la autoridad de Pilatos, ni los ultrajes de los verdugos, ni las vociferaciones de la plebe ni la magnitud de los desprecios, ni la monstruosidad de las blasfemias, ni la vehemencia de los dolores, lograron las lágrimas de estas atribuladas mujeres.

Les habla ¿y qué les dice? Las instruye, y ¿qué les enseña? Las amenaza y ¿qué les anuncia? Las consuela y ¿qué les promete?

Les dice que las lágrimas tienen un inmenso poder y que con este poder se pueden conseguir grandes cosas.

Les enseña la aplicación que se debe dar á estas lágrimas para no esterilizar sus efectos.

Les anuncia los castigos que á la sacrílega Ciudad están reservados.

Les promete que ellas y sus hijos, pueden, por el recurso de las lágrimas, librarse de esos castigos tan terribles.



No lloreis por mí, las dice, puesto que yo voy á morir por vosotras: llorad por vosotras y por vuestros hijos, para que vuestros hijos y vosotras os aprovecheis del fruto de mi muerte.

Yo os doy mi sangre, dadme vuestras lágrimas; pero no para mí sino para vosotras y para vuestros hijos. Mezcladas á mi Sangre, asociareis vuestra humanidad á mi divinidad: yo las recojo, y en el fondo de mi Corazón las reservo para derramarlas con la última porción de mi sangre con la que quiero dar á la tierra mi último obsequio: sangre y agua: mi Sangre y vuestras lágrimas: las lágrimas que limpian, y mi Sangre que santifica; las lágrimas que regeneran, y mi Sangre que engrandece; las lágrimas que os hacen santos, y mi Sangre que os hará dioses!

Y es tan íntima la unión de vuestras lágrimas con mi Sangre, que se puede con toda propiedad decir que vuestras

lágrimas están en mi Sangre y mi Sangre está en vuestras lágrimas: es decir, que vosotras estais en mí y yo estoy en vosotras. En otros términos: llorad, y llorad mucho, y llorad siempre, pero en términos que el efecto de vuestras lágrimas sea aprovecharos del fruto de la Eucaristía, del resultado de mis sufrimientos, de los beneficios de la Redención.

De qué manera tan natural y tan expresiva se ven aparecer las relaciones que ligan el paso que estamos considerando, con la Sagrada Eucaristía!

El mismo Jesucrísto pareció preludiarlas en su admirable Sermón de la Montaña, cuando dijo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados." [1] Es decir, que á los que lloran, da derecho á la Bienaventuranza.

1. San Mat. V, 5.



Y qué es la Bienaventuranza sino ese estado felicísimo en el que el alma ve á Díos, ama á Dios y posée á Dios?

Y qué es la Eucaristía, sino ese felicísimo acto en que el alma ve á Dios por la Fe, ama á Dios por la Caridad y lo posée tomándolo como alimento y haciéndolo entrar hasta el fondo de su corazón?

Y agrega que serán consolados; siendo este consuelo no solo el resultado de las lágrimas, sino su misma esencia: y así dice S. Macario que «los cristianos tienen por consuelo las lágrimas; estas son sus delicias."

El mismo pensamiento consigna S. Basilio cuando dice «que las lágrimas de las almas fieles provienen del fervor de la caridad, pues lloran de amor poniendo los ojos en el que las ama y á quien ellas aman.»

Y si el consuelo es al mismo tiempo el resultado y la esencia de las lágrimas, es porque Dios ofrece á éstas el

consuelo, y lo que Dios ofrece es tan seguro como la posesión actual.

Pero dónde está este consuelo?

En la única parte en que puede estar: en el Cielo, porque el cielo es el descanso después de la fatiga; el hogar al término del viaje; la patria pasado el destierro; el gozo que reemplaza al sufrimiento; el bien que hace desaparecer todos los males; la vida eterna á la que se entra por las puertas de la muerte; el infinito, en fin, que borra hasta el recuerdo de todo lo limitado.

Y este Cielo que ni podemos concebir siquiera, y del que ni aun podríamos gozar con solo nuestros sentidos, está en la Eucaristía, de la que dice San Agustín que «Dios, siendo infinitamente sabio, ya no supo qué otra cosa darnos; siendo infinitamente rico, ya no tuvo más que darnos; siendo infinitamente poderoso, ya no pudo darnos más." Y Santo Tomás dice lo mismo



de la Bienaventuranza; pues preguntándose si podría Dios hacer cosas más grandes, más hermosas y más perfectas que todas las que hizo, se responde á sí mismo afirmativamente, exceptuando tres cosas: Jesucristo, la Virgen María y la Bienaventuranza.

Las palabras de S. Macario, que se acaban de citar, establecen una nueva relación, cuando dice con ellas que las lágrimas son las delicias de los cristianos.

Dios, la Sabiduría absolnta, la Sabiduría verdadera, la Sabiduría perfecta, la Sabiduría increada, había ya dicho que sus delicias consisten en estar con los hijos de los hombres, [1] y está unión tan deliciosa no está sino en la Eucaristía.

Por una reciprocidad natural y debida, las delicias de los hombres deben consistir en estar con Dios, cuya

1. Prov. VIII, 31,

reunión, del mismo modo, está en la Eucaristía. En la Eucaristía están, pues, las delicias de los cristianos, los que á su vez las tienen en sus lágrimas, por lo que éstas resultan en cierto modo semejantes á la Eucaristía.

Y es un hecho que existe esta semejanza: pues así como la Eucaristía es el testimonio más perfecto del amor de Dios á los hombres, las lágrimas son la manifestación más expresiva del amor de los hombres á Dios.

Las lágrimas puede decirse que son inseparables de la Eucaristía, por que en primer lugar, son para recibirla, necesarias.

En efecto, á la Sagrada Mesa, no debe acercarse el cristiano sino con la conciencia limpia, y las lágrimas son las únicas que pueden lavarla, según la afirmaciónde los Santos Padres.

San Gregorio Nacianceno dice que «son un díluvio en el que desaparece el pecado y se purifica el mundo.»



San Juan Clímaco dice que "son un segundo Bautismo que lava y purifica como el primero.»

San Agustin afirma que «la conciencia manchada se lava en el bautismo de las lágrimas."

San Gregorio se expresa así: "Los crímenes vergonzosos que son un obstáculo para la salvación del pecador, quedan borrados con las lágrimas: las lágrimas lo hacen hermoso como el oro."

Con una enérgica interrogación confirma la misma idea San Gerónimo: «Qué pecados--dice--no borran las lágrimas? Què manchas no lavan las lágrimas, por más negras y antiguas que sean?"

«En donde están las lágrimas—dice San Basilio—se enciende el fuego espiritual que ilumina las profundidades del alma y reduce á ceniza todos los pecados.»

Y no solo para lavar los pecados

mortales son necesarias las lágrimas: también para purificar el alma de las culpas veniales, y bajo este aspecto, hacen en la Sagrada Eucaristía el mismo papel que hizo en el Cenáculo el agua con que Jesús lavó los piés de sus discípulos, en cuya agua estuvieron representadas.

Lo diremos de una vez: las lágrimas son tan necesarias para la Eucaristía, como la Confesión; y las relaciones que ligan entre sí estos dos sacramentos, son las que ligan el primero de ellos con las lágrimas.

Las lágrimas son también eficaces, pues según las palabras de San Lorenzo Justiniano, citadas en otro lugar, ellas «atraen al Hijo de la Virgen *María*."

Son á la vez una ofrenda que Dios estima en mucho y que por lo mismo es muy propio que el alma la presente cuando se desposa con El. «Señor--



dijo el Real Profeta—habeis puesto mis lágrimas delante de vos.» [1]

Que las lágrimas son el medio más necesario, el más adecuado, el más eficaz, el más seguro para acercarse á Jesucristo, es un hecho que se halla acreditado por numerosos ejemplos.

David se alejó de Dios por su adulterio, y se acercó á El por sus lágrimas.

Magdalena estaba lejos por sus extravíos, y se acercó por sus lágrimas.

San Pedro se alejó de su Maestro por sus negaciones, y se acercó á El por sus lágrimas.

San Pablo por su ceguedad sólo se acercaba á El para perseguirle, y por sus lágrimas se acercó á El para confesarle.

San Agustín estaba lejos de El por sus errores, y se le acercó por sus lágrimas.

Haríamos interminables estas citas

1, Ps. LV, 9.

si quisiéramos continuarlas, pues nos las ofrece en competencia la historia de todos los santos.

Bástenos decir que las lágrimas, rompiendo los lazos que tienen á el alma atada lejos de Dios, la acercan á El, la santifican con El, la ponen en aptitud de poseerle y enfervorizan sus sentimientos para amarle.

Todo esto nos lo ofrece y nos lo da la Sagrada Eucaristía; por lo que este Sacramento, que con toda propiedad se llama el Sacramento del Amor, pudiera con la misma propiedad llamarse el Sacramento de las lágrimas.

Las que las piadosas hijas de Jerusalén derramaron al pié de la roca en que se consumó el cruento sacrificio de la Pasion, fueron el preludio, la representación y la figura de las que, desde poco tiempo después hasta el fin de los siglos, habrán de derramar los fervorosos hijos de la Iglesia al piè de la piedra en que se consuma el incruento sacrificio de la Eucaristía.

IX



LA TERCERA CAIDA.

NO son ya las dolencias de mi es-
píritu, ni las desastrosas con-
secuencias del pecado, qu
constituye la más lastimosa y funest
de las caídas, las que vienen á llama
á las puertas de mi consideración e
estos instantes, de tiernos, dolorosos
conmovedores recuerdos, en que
través de los siglos, de los aconte
mientos y de la distancia, veo á nue
tro adorable Redentor, que, cedien
á los brutales atropellos de sus infe
nales enemigos, «cayó por *tercera v*
en tierra hasta tocar con su santísi
boca el suelo, y queriéndose levant
no pudo, antes volvió á caer de nu
vo.» [1]

1. Viacrucis.

Una consoladra idea sostiene en mi corazón la esperanza de que no he de volver á caer, por lo menos en culpas graves. Bien sé que sin Dios nada puedo hacer, [1] pero estoy con Dios, y Dios está en mi; y sé también que "todo lo puedo en que Aquel me conforta." [2]

Pero la alteración en la regularidad de las funciones; la falta de apetito y aun la repugnancia para tomar el alimento; la ausencia del sueño; las dolencías, ya generales, ya locales, ya constantes, ya intermitentes; ese malestar, en suma, que indica que la máquina que por tanto tiempo ha funcionado comienza á desorganizarse; y sobre todo, esos pesares terribles, esos dolores profundos, esas amarguras íntimas que en algunos casos son las causas que ponen término á una vida, haciendo respecto de la mía lo mis-

1. San Juan XV, 5.
2. Felip. IV, 13.



mo que hicieron con nuestro Redentor los verdugos que lo llevaban al suplicio; me harán como á El caer en tierra, sin fuerzas, sin vigor y sin aliento.

Pero oyendo la voz de mi deber, no consentiré en permanecer caído y haré por levantarme: buscaré la curación en las medicinas, en la aplicación de cada una de las cuales haré un nuevo esfuerzo que será infructuoso: porque más fatigado, más abatido y más debil, volveré á caer de nuevo.

Esta será mi última enfermedad; pero no quedaré caído, como mi Redentor no quedó en la tierra en su última caída. Como El me levantaré para llegar á mi destino, que está en el término de la jornada.

Ya no iré yo, como otras veces á visitar á Jesucristo, correspondiendo á su amoroso y dulce "Ven:" El vendrá generoso y amable á corresponderme mis visitas.

El entrará por las puertas de mi pobre estancia, que de par en par estarán abiertas para recibirlo, como entró después de su resurrección gloriosa por las cerradas puertas del Cenáculo; y como dijo á los Apóstoles, la paz sea con vosotros, me dirijirá el mismo saludo, diciendo: «La paz sea en esta casa.» [1]

Que ni la enfermedad con sus dolencias, ni la muerte con sus sombras, ni el dolor con sus estragos, alteren esta paz, que le traigo como un precioso regalo; é implorando el perdón con las conmovedoras palabras del Salmista, y ahuyentando á mis enemigos, rociando mi alcoba con el agua bendita, invocará á la Augusta Trinidad, glorificando sus divinas Personas.

Encaminándose á mí directamente, pues á mí es á quien va á favorecer con su visita, me preguntará, con la voz de su misericordia, si siento en

1. Palabras de la Liturgia.



mi conciencia alguna falta; no para castigármela, ni para reprendèrmela siquiera, sino para perdonármela: si descubro en mi alma alguna mancha, para hacerla desaparecer.

Despues, como á la orilla de mi cuna y cerca de las aguas de la regeneración á las pocas horas de mi entrada al mundo, al borde de mi sepulcro, cerca de la mesa del festín, y acaso pocas horas antes de desprenderme de la vida, me recordará que «todo fiel cristiano se encuentra obligado á creer y confesar todos y cada uno de los misterios de nuestra santa fe católica» y hará salir del fondo de mi conmovido corazón las protestas de esta fe, que pondrá en mis ya casi mudos labios.

De mis labios y de mi corazón arrancará el perdón que El viene á darme para todos mis ofensores, á la vez que recogerá la súplica de que me perdo-

nen todos aquellos á quienes yo hubiere ofendido.

En seguida pondrá en mis manos la llave para abrir las puertas de la gloria, llevando á mis trémulos labios la santa Cruz; y luego, elevándose en la partícula de pan, que anhela por desprenderse de las manos de su Ministro, recibirá la confesión de mi indignidad, la súplica de que pronuncie una palabra con la que mi alma enferma, y expuesta á perecer por ser culpable, «quedará sana, salva y perdonada.»

Y en seguida, oh momento de eterna felicidad, en el que, como en un foco, convergen todos mis deseos, todos mis afectos y todas mis esperanzas! en el mismo lugar en que ha de erigir su Tribunal inapelable el Juez severo que ha de juzgar al mundo con fuego, vendrá á entregarse á mí, y á inmolarse en mi pecho, y á dejar en él abundante provisión para el eterno



viaje, «el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.»[1]

Ya no le queda más que hacer, porque ya me dió todo lo que supo darme, y pudo darme, y tuvo que darme; pero su cuidado, su anhelo, su solicitud y su ternura lo llevan más allá; y con el objeto de que al comparecer en mi juicio no lleve yo ni la más pequeña mancha, ni el más lijero rastro de pecado, busca diligente los órganos con que he pecado, para llevarme á ellos el perdón.

Y se posa en mi frente donde reside el pensamiento; y en mis ojos de donde brota la mirada; y en mis oídos donde el sonido se hace sensible; y en mi nariz, donde reposa el olfato; y en mis labios en que la palabra se formula; y en mis manos donde el tacto tiene su principal residencia; y en mis pies con que he dado mis pasos por

1 San Juan I, 29

la vida, conmoviendo mi corazón que casi ya no palpita, y regocijando mi alma, que está ya rompiendo los lazos, con esta dulce, poderosa y conmovedora palabra que llena el mundo, que confunde al Infierno y que recoje el Cielo: yo te perdono.

En seguida, tendiéndome su mano para levantarme, «sal, alma cristiana—me dirá por la voz de su Ministro—en el nombre del Padre que te crió; en el nombre del Hijo que te redimió; en el nombre del Espíritu Santo que te santificó» . . . . . .

Y me levantaré de mi última caída, como Jesucristo se levantó de la última suya. Y como él dejó solamente un rastro de sangre y la señal de su Sacratísimo Cuerpo en el lugar en que cayó, así yo dejaré mi envoltura material representada por mi cadáver, en el lugar donde estuve.

Qué consideraciones tan dulces, me presentan las analogías que mi medi-

tación me descubre en este paso del doloroso camino de la Cruz!

Mi última caída, mi última enfermedad!

Mi última comunión, el sagrado Viático!

Que el Padre de las misericordias, me conceda la dicha de recibirlo!

X

LA LLEGADA AL CALVARIO.

ESTAMOS ya en la cima de la montaña! Sobre la roca en que se va á erigir el altar en que se va á ofrecer el sacrificio; al pié del altar mismo, y cerca del ara en que se va á inmolar la víctima!

A ésta, después de haberla desnudado con una crueldad inconcebible la han dejado, por decirlo así, en reposo, en una de las cisternas secas qu se veían en la vertiente N. del Calva rio, y cuya profundidad era muy co

ta; se podía decir que era una concavidad de la roca.

A un paso de la víctima está el sacrificador. Detrás, pero á una distancia muy corta, está la muchedumbre que ha asistido para presenciar la ejecución.

Entre esta muchedumbre compacta, numerosa, heterogenea, hay algunos que aman á Jesús, y que están allí para acompañarlo en su agonía, escuchar sus últimas lecciones y recibir sus últimos ejemplos.

Hay otros indiferentes que se encuentran allí como al acaso, arrastrados por la impetuosidad de la corriente.

Otros que han sido llevados por la curiosidad, y que asisten á esta sangrienta ejecución como si asistieran á un espectáculo teatral.

Otros en cuyo corazón germina el odio, directo en unos, reflejo en los más, que rindiendo homenaje á la



crueldad, le llevan su contingente de burlas, de sarcasmos, de insultos y de blasfemias......

Jesucristo, entretanto, en pie, con las manos juntas, la frente inclinada, la mirada serena, la actitud majestuosa y noble, á la vez que resignada y humilde, sostiene un dulce, interesante y divino coloquio con su Eterno Padre. Está en oración! Le ofrece el sacrificio de su vida, que muy pronto va á entregar á la muerte! Le ofrece los dolores que le están reservados, á cuyo lado son pequeños los que hasta ese momento ha sufrido! Le pide por la Iglesia que acaba de fundar, ó por mejor decir, que está fundando! Le pide por sus discípulos y por sus amigos, por sus enemigos y por sus verdugos; por los que le ultrajan y le crucifican; por todos los hombres que en esos instantes pueblan la tierra, y por todas las generaciones del porvenir! Le pide de una manera especial por todos y

cada uno de los fieles cristianos, que en la sucesión de los tiempos, asociándose á su sacrificio, le pidan, al conmemorar este paso y este momento; y haciendo suya propia la petición que en estas circunstancias le dirijan, les asegura el resultado....

Los verdugos se apresuran, los preparativos se activan, la ansiedad crece por instantes. Unos momentos más y todo estará consumado!......

Estamos en el interior del Santuario! Sobre el pavimento en que se levanta el altar en que va á celebrarse el incruento sacrificio; al pie del altar mismo, y cerca del ara consagrada en que se va á inmolar la misma víctima

Esta, representada por la hostia pura, santa y sin mancha, en la que pronto se convertirá la partícula de pan, que va á ser la esencia del sacrificio, se ha descubierto ya, quitándole los paños que la cubrían, y ostentando su



cándida pureza, reposa en la concavidad de la patena.

A un paso de esta hostia está el Sacerdote que va á hacer la inmolación. Detrás, llenando las naves del templo, están los fieles, que han ido allí para asistir á la Misa

Entre ellos hay algunos dignos de este nombre, que han ido y están allí, para meditar con el espíritu lleno de fe, con el alma llena de esperanza, con el corazón lleno de amor, en la vida, Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo: en su vida llena de misterios; en su Pasión llena de dolores; en su muerte llena de prodigios.

Hay otros indiferentes ó tibios, que van arrastrados por la fuerza de la costumbre, pues no se han atrevido á romper por completo con la Ley divina, desacatando sus más sagrados preceptos.

Hay otros á quienes lleva una vana curiosidad con la que profanan el tem-

plo, al que no van como á la casa de la oración, y que bien merecían ser expulsados de él á latigazos, por haberlo convertido en cueva de ladrones.

Otros hay que se van á burlar de las ceremonias sagradas, de los actos piadosos y de todo lo que debía ser objeto de su veneración, á los que más les valdría no haber nacido......

El Sacerdote, entretanto, que representa á Jesucristo, está de pie, y con las manos unidas y junto al pecho, la cabeza inclinada, los ojos bajos, la actitud respetuosa y digna, reverente y humilde, ofrece el sacrificio que va á hacer, y pide al Señor que se acuerde de sus siervos y siervas que menciona, y de todos los que están presentes, cuya fe y devoción conoce, por quienes ofrece este sacrificio...... Y los fieles que están presentes, trasladándose con la imaginación al Calvario, contemplan á Jesús en la cisterna



orando por ellos; ellos unen su oración á la oración de Jesús, y como El, se disponen al sacrificio.

No pueden darse analogías más perfectas entre este paso de la Santa Misa y aquel paso de la Sagrada Pasión. Como que el uno es una reproducción fiel y exactísima del otro!

Pero no es este paso el único en que estas analogías se encuentran: en todas las ceremonias de la Misa están reproducidos los principales episodios de la Pasión.

En efecto. El Sacerdote sale de la Sacristía, acompañado de sus Ministros en la Misa solemne y de su ayudante en la rezada; y Jesucristo sale del Cenáculo acompañado de sus discípulos.

El Sacerdote pasa el dintel de la puerta que le da entrada al altar; y Jesucristo pasa el torrente Cedrón.

El Sacerdote entra al altar; y Jesucristo se interna en el huerto.

El Sacerdote baja la grada del altar, é inclinado hacia el suelo se confiesa pecador; y Jesucristo se postra en tierra llevando sobre sí todos los pecados del mundo.

El Sacerdote sube al altar, cubierto con sus vestiduras; y Jesucristo sube á Jerusalen cargado con las cuerdas, las sogas y los grillos que le han puesto sus aprehensores.

El Sacerdote se dirije varias veces á los fieles, deseándoles que el Señor esté con ellos; y Jesucristo se dirige varias veces á los apóstoles, recomendándoles la vigilancia y la oración.

El Sacerdote, en la segunda parte de la Misa, que consiste en la instrucción preparatoria para el sacrificio, [1] pasa de un lado á otro del altar dando la instrucción al pueblo; y Jesucristo pasa de tribunal en tribunal,

1. Esta segunda parte comprende desde la Colecta hasta el Credo.



instruyendo á sus acusadores, á los testigosfa lsos y á sus jueces.

El Sacerdote lleva la cruz en el cuello y en las espaldas, cuya cruz está en la estola, en el amito y muchas veces en la casulla; y Jesucristo lleva la cruz sobre sus hombros.

El Sacerdote toca varias veces el suelo con la rodilla, en sus frecuentes genuflexiones; y Jesucristo varias veces toca la tierra con su Cuerpo Sagrado en sus diferentes caídas.

El Sacerdote se levanta para continuar el sacrificio; y Jesucristo se levanta para seguir su camino.

El Sacerdote suspende, por decirlo así, la celebración del sacrificio, para ofrecerlo al Señor, y pedirle por los que están presentes en el altar; y Jesucristo detiene su marcha para ofrecer á su Eterno Padre su sacrificio y pedirle por todos los hombres de todos los tiempos, que están presentes en su pensamiento y en su corazón.

El Sacerdote clava á Jesucristo en la hostia por las palabras de la consagración; y Jesucristo es clavado en la Cruz por los clavos del suplicio.

Cinco palabras pronuncia el Sacerdote, para fijar á Jesucristo en la Cruz; y cinco puntos del Santísimo Cuerpo de Jesucristotras pasaron en su sacrificio.

El Sacerdote eleva la hostia para que todos los que están en el templo la adoren; Jesucristo es elevado en la Cruz para que todos los que están en el Calvario lo vean.

El Sacerdote, al formular la Oración Dominical, hace siete peticiones; y Jesucristo pronuncia siete palabras.

El Sacerdote parte la hostia, para representar la separación del alma y el Cuerpo de Jesucristo; y Jesucristo, inclinando la cabeza, muere.

El Sacerdote sumerje una partícula de la hostia en el vino convertido en sangre; y Jesucristo sumerje en su sangre á toda la humanidad.



El Sacerdote divide la hostia en tres partes, en cada una de las cuales está Jesucristo, para significar las tres Iglesias; y Jesucristo, estando aún en el mundo que ha redimido, con su Cuerpo unido á su Divinidad, se traslada con su Alma, á su misma Divinidad unida, al Purgatorio, cuyas llamas apaga, cuyas sombras disipa y cuyas almas salva, y abre de par en par las puertas del Cielo.

El Sacerdote, en fin, da entrada en su pecho á Jesucristo; y Jesucristo es depositado en el sepulcro.

No puede, en vista de esto, darse, no dirémos más analogía, sino más perfecta identidad entre la Sagrada Pasión y la Santa Misa, cuya esencia la constituye la Eucaristía considerada como sacrificio: y si se hiciese igual cotejo entre la Pasión y la Institución de la Eucaristía, la misma identidad volvería á presentarse: pues veríamos, por ejemplo, á Jesucristo, entrando con

sus Apóstoles al Cenáculo, y entrar con ellos al Gethsemaní; lavarles allí los piés, inclinándose, y arrodillándose en el suelo, y postrarse aquí en la tierra, pegando en ella su rostro; recomendarles en el Cenáculo el amor fraterno, y en el huerto la vigilancia y la oración; despedazar, con sus propias manos su Cuerpo y verter su Sangre en la Mesa de la Institución, y despedazar su Cuerpo y derramar su Sangre por las manos de los verdugos en el Patio del Pretorio; hacer en fin, de la Institución de la Eucaristía, su Sacrificio anticipado, como de la Pasión, el mismo Sacrificio realizado, y de la Misa, el mismo Sacrificio perpetuado.

La Misa, además, tiene el cuádruple caràcter de Holocausto, de Sacrificio de Propiciación, de Sacrificio Impetratorio y de Sacrificio Eucarístico: y el mismo múltiple carácter tiene la Pasión.

Es un holocausto en que se consu-



me toda la Víctima; es un Sacrificio especialísimo cuyo altar es la tierra, cuya leña es la Cruz, y cuyo fuego es su amor á los hombres.

Es un Sacrificio de Propiciación, puesto que la Víctima que en él se inmola, es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Es un Sacrificio Eucarístico en el que la Misericordia, al ver ya satisfecha la Justicia, no puede menos que agregar al homenaje de su sacrificio, el homenaje de su gratitud.

Es un Sacrificio Impetratorio, en el que se pide todo lo que se puede pedir; todo lo que se debe pedir; todo lo que se necesita pedir; y pidiéndose en él por los fieles que nos han precedido con la señal de la fé, y duermen el sueño de la paz, es á la vez un Sacrificio Satisfactorio.

Las obras satisfactorias son, según nuestro inspirado catecismo, la ora-

ción, la limosna, las asperezas de cuerpo y los trabajos.

Y qué oración más hermosa, más ardiente y más eficaz, que la que Jesucristo elevó á su Eterno Padre en el huerto de los Olivos, en el camino del Calvario, en el acto en que nuestra meditación nos lo presenta, y casi en los momentos de espirar, clavado en la Cruz!

Y qué limosna más espléndida que la de darse El todo entero, siendo como es, todo un Dios!

Y qué asperezas más rudas que las que sufrió en todos y cada uno de los tormentos de su acerbísima Pasión: ese abismo de amor y de dolores, de abnegación y de beneficios, de ingratitud y de crueldades, que excedió en intensidad á la de los sufrimientos de todos los martirios!

Y qué trabajos más insostenibles, que los que tuvo desde su prisión hasta su muerte!

No le falta, pues á la **Pasión**, ni uno solo de los caracteres de la Eucaristía, como á la Eucaristía no le falta *ni* uno sólo delos caracteres de la Pasión.

Por eso la Pasión nos pone *en aptitud* de recibir de lleno todas las gracias de la Eucaristía; y la *Eucaristía* nos hace aprovecharnos ampliamente de los beneficios de la Pasión.



XI.

LA CRUCIFICCION.

LOS preparativos de los crueles verdugos están concluidos! La oración del pacientísimo Jesús está terminada! La ofrenda que una vez más fué por la misericordia presentada, una vez más ha sido por la Justicia *admitida*; y la sentencia de condenación que se pronunció contra la *humanidad* pecadora, va á ser dentro de breves horas revocada.

Grande es el apresuramiento de los sacrificadores, pero mayor es el de la Víctima, que anhela por entregarse al cuchillo, porque la está devorando el fuego. El fuego del amor á su Padre, á quien va á satisfacer; el fuego del amor á los hombres á quienes va á redimir; el fuego del deseo de alcanzar cuanto antes uno y otro resultado: deseo grande, deseo profundo, deseo ardiente, deseo irresistible, deseo como el que expresó la víspera en el Cenáculo á sus Apóstoles en aquel expresivo *desiderio desideravit* que brotó entre los torrentes de ternura en que se derretía su corazón, y que no se puede traducir en ningún idioma.

Avanzando con paso firme hacia la Cruz, tendida en el suelo, á cinco pasos de la cisterna donde lo hicieron esperar, pareció decir á sus verdugos lo que en Gethsemaní dijo á sus aprehensores: Yo soy.

Ese Yo soy, cuyos ecos están vi-

brando hasta en los **confines m** apartados de la tierra!

Ese Yo soy, que hizo **gemir el fol** je de los Olivos de aquel **huerto.**

Ese Yo soy, que hizo **caer en tier** á la multitud armada **que** lo **busca** para aprehenderlo!

Yo soy á quien debeis **crucifica** crucificadme!

Yo soy á quien debeis **quitar la v** da, daos prisa.

Yo soy á quien debeis *sacrifica* apresuraos á consumar el sacrifici

Esa Cruz es para *mí*, es ***mía***, *yo l* he traído desde el Pretorio, en mí ha beis tomado las medidas para abri los barrenos que han de facilitar l entrada de los clavos; el cuerpo qu habeis de clavar en ella es el mío; *aqu* me teneis, tomadme y **clavadme** en esa Cruz, porque este es *mi Cuer*-po!.. [1]

1 S. Luc. XXII, 19.—S. Mat. XXVI, 26.— Marc. XIV, 22.

Las mismas palabras que una horas antes pronunció en el Cenáculo, al efectuar la transustanciación del pan, y que hasta muchos siglos después seguirán pronunciando sus Ministros, desde donde nace el Sol hasta donde el Sol se pone [1] para efectuar el mismo prodigio.

Aquí me teneis! Con esos clavos que estoy mirando en vuestras manos debeis fijar en la Cruz este mi Cuerpo; y al taladrar mis manos y mis piés [2], teneis que romper mis arterias y mis venas para hacer salir por ellas mi sangre. Mi sangre y no otra, mi sangre que es la del Nuevo Testamento, que no se derramará inutilmente sino que será derramada por muchos[3]; apresuraos á hacerla salir, porque esta es mi sangre! [4]

1 S. Malach I, 11.
2 Ps. XXI, 17.
3 S. Mat. XXVI, 28.
4 S. Mat. XXVI. 28.



Sangre que se seguirá derramando sin tregua, y correrá por todo el mundo mientras haya en él culpas que lavar! Sangre que correrá por el Purgatorio mientras haya en él llamas que extinguir!

Ya Jesucristo es puesto sobre la Cruz! Ya los verdugos hieren sus manos y sus piés con los agudos clavos! Ya la víctima está asegurada en el madero! Ya la sangre corre á torrentes!......

Ya el Sacerdote apoya sus brazos sobre el ara! Ya hiere la sustancia del pan y la sustancia del vino con su omnipotente palabra! Ya Jesucristo está real y verdaderamente fijo en la hostia! Ya la sangre está depositada en el cáliz! Ya está, en fin, reproducido en nuestros templos el Sacrificio del Calvario!

Jesucristo trajo del Cielo, conservó en su poder toda su vida, guardó cuidadosamente en su Pasión y tuvo con-

sigo hasta el momento en que lo estamos considerando, la sentencia de muerte del género humano, que por la suya iba á quedar derogada.

Al acercarse á la Cruz para ser clavado en ella, la estrechó fuertemente entre sus manos; y cuando los verdugos separaron estas, para adaptarlas á los brazos de la Cruz en que iban á ser clavadas, esta sentencia fué rasgada y dividida, quedando una parte en cada mano: y cuando estas fueron clavadas, esas dos partes quedaron hechas girones, y los caracteres que en ellas había trazado la Justicia, fueron borradas con la sangre que de las heridas abiertas por los clavos, hizo brotar la Misericordia.

Jesús debió decir entonces á todos los hombres de toda la humanidad, lo que dijo á sus Apóstoles en el huerto de los Olivos: dormid ya y descansad [1], pues yo he tenido misericordia

1. S. Mat. XXVI, 45.



de vosotros; y pagando la deud ooua traída por vuestros pecados, os he conseguido el perdón; y destruyendo por mi crucificción la sentencia de vuestra muerte, os he abierto las *puertas* de la vida eterna; y elSeñor; que airado contra vosotros, estaba *dispuesto* á castigaros con todo el rigor de su Justicia, por mi Pasión, por *mis dolores*, por mi Sangre, por mi muerte, por todos mis merecimientos, os concede la indulgencia, la absolución y la remisión de vuestros pecados.

No son estas dulces, tiernas, expresivas y consoladoras palabras, las mismas que nos dirije el *Sacerdote* momentos antes de administrarnos el Sacramento de la Eucaristía?

Y cuando sentados ya en la Sagrada Mesa escuchamos estas palabras, que si por una parte nos retardan unos instantes nuestra dicha, por otra nos preparan para recibirla más de

lleno, no nos contemplamos objeto de esta Misericordia?

No sentimos correr por nuestras almas el suavísimo bálsamo del perdón? No nos parece estar en el camino de la Vida Eterna? No nos encontramos enteramente purificados y limpios al ver que se nos concede la indulgencia, la absolución y la remisión de todos nuestros pecados?

Y al ver en las manos del Sacerdote al Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, y que ha borrado ya los nuestros, no nos sentimos trasportados al Calvarío, donde vemos al Cordero de Dios inmolándose, y vemos á nuestro Redentor en la Cruz, y vemos el desgarramiento producido en sus sagrados miembros por los clavos, y aun oímos el golpe del martillo y el hacesido del verdugo?

Y qué nos respondemos, cuando arrebatados por la imaginación nos preguntamos si estamos al pie del altar,

en el que este sangriento suplicio s
conmemora, ó en la cima del Calvari
en la que esta bárbara crucificción se
verifica?

Con razón muchas veces el Sacerdote queda estupefacto! Con razón la música y los cantos de las Misas solemnes enmudecen! Con razón las campanas que están en las torres que coronan nuestros templos, conmueven el aire con sus gemidos, como para decir al Cielo: ya! Con razón en las calles todas las cabezas se descubren, y en el templo todas las rodillas se doblan, todas las frentes se inclinan y casi todos los ojos vierten lágrimas!

La Crucificción y la Consagración, son dos actos, que aunque aparentemente distintos, que se realizan bajo diferente forma y que se hallan separados, por el tiempo y por la distancia, no son en realidad más que uno solo, y que constituye la esencia de todo el Sacrificio, la recopilación de todos los misterios, la síntesis de toda la Pasión.



XII

LA ELEVACION DE LA CRUZ.

TAN pronto como el Sacratísimo Cuerpo de Jesús estuvo asegurado y fijo en la Cruz por los enormes clavos, con que en cumplimiento de la profecía del inspirado Salmista, taladraron sus manos y sus piés, los verdugos en aire de triunfo por haber dado término á un trabajo tan fecundo en consecuencias, arrastraron la Cruz hacia una excavación profunda, hecha exprofeso en la roca, y que solo distaba cuatro pasos, para fijarla en ella, elevada sobre el nivel común, á fin de que por todos fuera vista.

Què pasó entonces en el Calvario? Bien presentes están en nuestro co-

razón y en nuestra memoria, los extraordinarios y sobrenaturales fenómenos de aquel espantoso cataclismo.

Y si la naturaleza toda se conmovió, y las criaturas inanimadas se manifestaron sensibles, no hay que admirar que los hombres dotados de corazón, y por lo mismo, de sensibilidad, hayan caído reverentes al pie de esa Cruz, golpeándose el pecho bajo la influencia del dolor, y confesando con el acento de la convicción que "Verdaderamente este hombre era el Hijo de Díos." [1] . . . . . .

Tan pronto como la sustancia del pan, se ha convertido, por las palabras de la consagración, en el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, en el que por unión natural está su alma, por concomitancia inmediata su sangre, y por unión hipostática la divinidad, el Sacerdote, tocando con la rodilla el suelo, la adora; y en seguida la eleva

1 S. Mat. XXVII, 54..

en alto para que la adoren todos los fieles.

Y todos los espíritus creen, y todos los corazones palpitan, y todos los pechos se golpean, y todos los labios se abren para dejar escapar estas significativas expresiones: Te adoro, oh Sagrada Hostia!.......Te adoro, Señor mío Jesucristo! ...... Te adoro, Divino Redentor!......

Es verdad que en este *todos* no comprendemos á los impíos ni á los indiferentes que nada creen, que nada sienten y que nada dicen; pero èstos, por razón natural, deben ser excluídos de nuestras consideraciones cristianas, y son los que estuvieron representados por los malvados que enfrente de la Cruz, tuvieron la villana osadía de insultar á la Augusta Víctima que en ella espiraba; ó por los que, con criminal indolencia, sin volver siquiera la cabeza para darse cuenta de lo que en



aquella colina pasaba, se perdieron e los recodos del camino.

Cuando yo fuere levantado *en alt* —dijo el Señor por San Juan—todo l atraeré hacia mí.» [1]

Y cuándo fué levantado en alto?

Fué levantado en alto al *morir*, y murió dando la vida por sus amigos y aun por sus enemigos: murió, pues, por amor, y fué elevado en alto por amor.

Todo, pues, lo atrae hacia sí, por amor, y para darle todo lo que tiene.

Cuando fué clavado en la Cruz, ya casi todo lo que tenía nos lo *había* dado.

Le quedaban algunos dolores *por sufrir*, que sufrió y nos los dió cuando fué clavado en ella.

Le quedaban algunas gotas de sangre, que derramó por las heridas que le abrieron los clavos y que corrieron por su Cuerpo Sagrado hasta que las congeló el frío de la muerte.

1 XII, 32.

Le quedaba su tierna y santa Madre, que nos dejó como preciosa herencia.

Murió al fin, y se reservó en el fondo de su corazón una pequeña porción de sangre y agua, para darnos después de su muerte una nueva prenda de dos valiosísimos tesoros que nos había dado en su vida: el Bautismo que nos hace cristianos, y la Eucaristía que nos hace Dioses.

Jesucristo hace en la Cruz lo que hizo una vez en el Cenáculo, y hace sin cesar en la Eucaristía: atraernos por el amor para darnos todo lo que tiene: cuerpo, sangre, alma, divinidad, gracia, vida, merecimientos, y todo, hasta no tener ya nada que darnos; y en compensación, nada pide de nosotros, porque aunque aparentemente nos pide algo, es para darnos mucho más.

Nos pide nuestro pecho, para quedar en él sepultado; nuestro corazón, para inmolarse en él; nuestro amor para que



podamos recibir todas las gracias; nues tra alma, para santificarla con su divino contacto; nuestra vida, para llenarla con sus merecimientos.

Todo su anhelo es darnos: por eso deseó tan ardientemente la Cruz; por eso deseó tan ardientemente la Eucaristía: porque si en la Cruz se entrega por nosotros, en la Eucaristía se entrega á nosotros; si en la Cruz se inmola por nosotros, en la Eucaristía se inmola en nosotros; y si en la Cruz atrae todas las cosas á la cima del Calvario, en la Eucaristía atrae á todos los fieles al pie del altar.

La Cruz atrae el mundo por la Fe; la Eucaristía lo atrae por el amor.

Jesucristo reina en toda la extensión del mundo por la Cruz; y en el corazón del Cristiano reina por la Eucaristía.

En la Cruz se leen estas palabras: «Este es el Rey de los judíos»; y en la Eucaristía se oyen estas otras: «Hé aquí el Cordero de Dios.»

La Cruz abrió á las almas las puertas de la Gloria; y la Eucaristía lleva á las almas á la Vida Eterna.

Jesucristo triunfa del mundo por la Cruz; y el Cristiano triunfa de sus pasiones por la Eucaristía.

«La Cruz—dice Cornelio A. Lápide—abraza todo el universo desde el Oriente hasta el Occidente; sus brazos alcanzan desde el Septentrión hasta el Mediodía»: y la Eucaristía, dice el profeta Malaquías, llena todo el mundo «desde donde nace el Sol hasta donde el Sol se pone». [1]

Jesucristo ha comunicado á la Cruz todos sus atributos; y todos los atributos de Jesucristo están reunidos en la Eucaristía.

San Gregorio llama á la Cruz el lazo del Universo; y la Eucaristía se llama comunión porque enlaza en una unión común á todos los hombres.

En la Cruz que se apareció á Cons-

1. I. 11.



tantino se leía una inscripción que
cía: con este signo vencerás; y Je
cristo hablando de la Eucaristía, d
que el que la reciba no morirá.

La Cruz y la Eucaristía, fueron
duda los dos puntos que de una ma
ra especial y con cierto grado de p
ferencia tuvo Jesucristo en su me
durante su vida entera.

Estando Jesucristo en el Cenácu
donde instituyó la Eucaristía, pen
en la Cruz; y estando en la Cruz, do
de se realizó el sacrificio anticipado
el Cenáculo, pensó en la Eucaristí

Habla en el Calvario, cuando suf
los inconcebibles tormentos de la Cru
y el eco de sus palabras se refleja s
bre el tabernáculo en el que resid
impasible en la Eucaristía.

En el Calvario pide el perdón par
los que lo sacrifican; y en la Eucaris
tía lo ratifica, lo extiende y lo asegu
ra á los que lo han crucificado.

En el Calvario ofrece el Paraíso a

criminal arrepentido que le pide un recuerdo; y en la Eucaristía lo da desde luego al pecador penitente que confiesa su indignidad.

En el Calvario traslada sobre nosotros el amor de su Madre Santísima, á quien señala esta maravilla, legándonos á Ella como los hijos de sus dolores, y quedando ella constituída en nuestra Madre, en virtud de los efectos de la gracia; y en la Eucaristía nos da su carne y su sangre que tomó de María, dándonos, por lo mismo, algo de la sustancia misma de María, legándonos á Ella como hijos de su ternura, y quedando Ella constituida en nuestra Madre según la naturaleza.

En el Calvario, fijando en Dios sus ojos ya velados por las tinieblas de la muerte, lo aclama con acento dolorido y se queja de su abandono; y en la Eucaristía fijando en los hombres sus ojos, brillantes con los resplandores



de la vida, los llama con un amoroso "Venid á mí" y les prodiga sus cuidados.

En el Calvario abre sus labios secos por la angustia para manifestar su sed de muerte; y en la Eucaristía abre los inagotables veneros de sus llagas para derramar el agua milagrosa que salta hasta la Vida Eterna.

En el Calvario ve que todas las cosas que debían preceder á su muerte, están consumadas; y en la Eucaristía ve que todas las riquezas que constituían su tesoro, están consumidas.

En el Calvario inclina su cabeza hacia la tierra y deposita su alma en sus moribundos labios para ponerla en manos de su Padre; y en la Eucaristía inclina su cabeza hacia los hombres, y en los impuros labios de éstos deposita su alma para llevarla hasta su corazón.

No es, pues, una verdad indiscutible, que todo lo que Jesucristo hace

en el Calvario, todo lo que dice, todo lo que piensa y todo lo que siente, se representa en la Eucaristía, y todo lo que hace, y todo lo que dice, y todo lo que piensa, y todo lo que siente en la Eucaristía, lo recoje del Calvario?

Y por identidad de razones, no es verdad que nosotros al acercarnos á la Eucaristía nos trasportamos al Calvario, y que el pensamiento del Calvario nos empuja á la Eucaristía?

Al contemplar á Jesucristo clavado en la Cruz que se acaba de elevar en la sangrienta cima del Calvario, no podemos dejar de fijar la vista en la inscripción que está sobre su cabeza: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.» Es, pues, Salvador, es florido,* es Rey.

Con el mismo triple carácter se presenta en la Eucaristía: es Salvador, en cuanto á que quita los pecados del mundo, con lo que el mundo queda

* Esto es lo que significa Nazareno.



salvado; es florido, no tanto por la flor de harina de las especies cuanto por la pureza, hermosura y aroma de la sustancia; es Rey, puesto que concede mercedes, otorga gracias y derrama beneficios. Y al leer esa inscripción no podemos menos que preguntarnos, como Jesucristo preguntó á los Fariseos cuando trataron de sorprenderlo con una pregunta capciosa: «De quién es esta imagen y esta inscripción?» [1] «La imagen—dice Staníhursto—es de un enfermo, el título es de médico: la imagen es de un pobre mendigo, el título es de un noble y rico: la imagen es de un vilísimo esclavo, el título de poderosísimo Señor: la imagen es de un caudillo de ladrones, el título es de Rey de los Angeles; la imagen es de un malhechor, el título es de Salvador: en una palabra, la imagen indica que es hombre y el título muestra que es Dios.»

1. San Mat. XXII, 20.

Los mismos contrastes se descubren en la Eucaristía entre la apariencia con que se presènta y la realidad que oculta.

Las apariencias son de una partícula de pan; la realidad es «Pan bajado del Cielo:»[1] las apariencias son de una cosa criada, la realidad es el Criador: las apariencias son de una fragil oblea; la realidad es un Ser indestructible: las apariencias son de una materia de poca duración; la realidad de duración eterna: las apariencias, de un puñado de harina preparada por los hombres; la realidad es el Cordero de Dios: las apariencias, de un compuesto humano que el hombre va á destruir en su pecho; la realidad es la esencia divina que libra al hombre de la destrucción: en una palabra, las apariencias son de algo que es casi la nada; la realidad es todo un Dios.

1 S. Juan VI, 51.

Divinas, íntimas, maravillosas y
nificativas relaciones que deben
brar siempre en nuestro coraz
en nuestro espíritu, con la cade
dulce de una encantadora arm
y con el corazón y con el alma
jen esta lección provechosísima
encierran:

El cristiano se debe alimentar
la Eucaristía para vivir en el C
rio.



XIII

EL DESCENDIMIENTO.

TODO está ya consumado:
está ya concluído: todo ha
trado ya en el irresistible d
nio del pasado!

En una Cruz que se alza en el
vario, está todo el resultado de la
sión: un hombre muerto.

Los encarnizados enemigos de

sús que con tan delirante frenesí procuraron su muerte, han enmudecido; se han retirado; han dejado solo su cadaver custodiado por un legionario romano que no obedece otras órdenes que las del Pretor, las que ya se anticiparon á pedir sus amigos en un sentido favorable.

Ya nada tiene que hacer el odio en este sitio solitario y sombrío, y ha cedido su lugar al amor.

Los amigos vienen á su vez á ocupar el puesto de los verdugos. Estos, preparados con férreos clavos y toscos martillos, clavaron en la Cruz su Cuerpo: aquellos, preparados con suaves lienzos y delicados aromas, desclavan de ella su cadáver. Lo ponen en el regazo de su Madre Santísima, como el lugar más à propósito para servirle de lecho mortuorio, lo lavan, lo ungen, lo embalsaman y lo envuelven.

Detengámonos por un momento en



este conmovedor espectáculo, que encontramos una lección p chosísima, y procuremos aprove la .Ella funda, y enseña, y acons cristiano la práctica interesant de la Comunión reparadora.

Jesucristo en la Eucaristía, Jesucristo en la Cruz, sintetiza sultado de toda la Pasión: un ho muerto; porque aunque en la E ristía está vivo, puesto que tie alma y su sangre, pero se halla estado de muerte, es decir, ba símbolos de la muerte, para ap nos el precio de sus padecimient

Los que le ultrajan en el Sacra to, que son los que de una maner directa lo han clavado en la Cr se han retirado, ó no tienen á El so: únicamente pueden acercárse almas amigas, fieles y devotas.

Estas por una Comunión bien parada, deben desclavarlo de la esto es, deben desagraviarlo co

adoración, de los ultrajes que ha recibido; depositarlo en su pecho, como el sitio más á propósito en que puede estar, porque para entrar en él se encuentra sacramentado. En la custodia, en el copón, en la patena, en los corporales, está provisionalmente, como de paso, como mientras; pues de todos estos lugares, donde permanece un tiempo más ó menos corto, pasa al pecho del que lo recibe. Allí tiene fijas sus miradas; allí lo llevan sus deseos; allí lo hace entrar su caridad, y allí se inmola; consumiéndose en el inextinguible fuego de su amor.

Allí debe el cristiano contemplarlo en su oración, lavarlo con sus lágrimas, ungirlo con sus virtudes, embalsamarlo con su amor y envolverlo en el cándido lienzo de su acción de gracias. Es decir, hacer lo que hicieron con El en el Calvario su amorosa Madre y sus agradecidos discípulos.

Y así lo debemos hacer, puesto que,



entrando Jesucristo á nuestro pecho, nos concede el privilegio mismo que á su Santísima Madre; y habiéndonos instruído en su santísima doctrina, nos ha hecho el mismo bien que á sus discípulos.

Penetremos un poco más con nuestra religiosa meditación en este tierno paso que tenemos delante, para examinar algunos de sus detalles y tomar de ellos la doctrina que atesoran.

José de Arimathea, resolvió bajar de la Cruz, para hacerle los honores debidos y darle sepultura adecuada, el divino Cuerpo del Santísimo Jesús. Mas para llevar á cabo esta resolución, necesitó ante todas cosas, 1º sacar aquel sagrado Cuerpo del poder de los soldados bajo cuya custodia se encontraba, poniéndolo al abrigo de la ley que designaba una fosa especial para los ajusticiados, á quienes no se permitía sepultar en sepulcros parti-

culares; y 2º tener listo el sepulcro en que había de colocarlo.

Para lo primero, necesitaba sacar la orden del tribunal del Pretor; único que podía disponer que se le entregara el cadáver que pertenecía á la justicia, y que debía arrojarse á la fosa de los criminales: y para lo segundo, alistar el sepulcro que ya tenía, y que era suyo propio, para que nada faltara.

Así al cristiano que se ha resuelto á recibir á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, no le basta tomar esta resolución; le es necesario, ante todo, 1º acudir al Tribunal de la Penitencia, cuyo Ministro es el único que puede autorizar la entrega que desea se le haga del Cuerpo de Jesucristo, y salvarle, á él, que como pecador le pertenece á la Justicia divina, y que deba ser arrojado á la fosa común de los pecadores, que es el Infierno, del poder de los demonios, bajo cuyas garras lo tiene el pecado; y 2º, preparar su pecho



sepulcro de su propiedad, para dar en él sepultura á Jesucristo Sacramentado.

Hecho ésto, el piadoso José, cuando volvió al Calvario con la orden á cuya vista debió entregarle el deseado Cuerpo, el Decurion que lo custodiaba, compró en una tienda, donde se vendían objetos mortuorios, los lienzos que se necesitaban, y que ya estaban arreglados para su venta, en número, forma y dimensiones; y al mismo tiempo ordenó á sus criados que llevaran al Calvario todo lo que podía necesitarse para tan delicada operación.

Nicodemus á su vez, deseoso de tomar parte en ella, se dirigió al Calvario, proveyéndose antes de la preparación con que se acostumbraba ungir y hacer á los cadáveres el embalsamamiento provisional que precedía á su inhumación; cuya preparación consistía, según lo dejó consignado San Juan, en una mezcla de aloe, substancia do-

tada de un suave, persistente y agradabilísimo aroma, y mirra, que en gran parte neutraliza los efectos de la corrupción.

No pasemos adelante en la consideración de estas tiernas, devotas y consoladoras operaciones, pues conviene aprovechar las enseñanzas que ellas nos ofrecen.

Los lienzos, sudarios y fajas que compró José, y la preparación que compró Nicodemus, y que unos momentos después iban á utilizarse en la más santa de las aplicaciones, llevaban mucho tiempo de estar almacenadas en sus tiendas respectivas, esperando, como toda mercancía, que llegara un comprador que las necesitara.

Es verdad que en el escaparate de la tienda, no se les daba la aplicación para la que se habían confeccionado; pero también lo es que si estas cosas no hubieran estado allí dispuestas, preparadas y listas, los santos disci-



pulos no las habrían tenido á la man
en el momento de necesitarlas; y n
pudiendo en ese momento disponerlas
no se habrían hecho al Sagrado Ca
dáver los servicios que con ella se hi
cieron.

En el mismo caso se encontraban l
escala, cuerdas, tenazas, esponjas
todo lo que sirvió para este caso, as
como el agua de la fuente de Gihó
que estaba bastante cerca y en el mis
mo Calvario. Lo mismo que la piedr
de la unción, depositada allí desde qu
zá muchos siglos antes, en el fenómen
geológico que dió lugar al levanta
tamiento de la montaña. Todo esto s
pudo utilizar, y todo esto sirvió, po
que ya existía en el momento de nec
sitarse.

Aquí tenemos una representació
fiel y exactísima de la preparación r
mota para la Sagrada Comunión.

Esta preparación remota que co
siste en la piedad en las costumbre

La práctica de las virtudes, el desprendimiento del mundo, la lectura espiritual, el ejercicio de las buenas obras, y en una palabra, todo lo que constituye una vida cristiana, no tiene por objeto especial, acercarse inmediatamente á la Sagrada Mesa; pero sí sirve, y mucho, para la Preparación próxima á la Sagrada Comunión; y tanto, que sin aquella, no es posible ésta; y sin ésta, Jesucristo entraría al pecho del que así lo recibiera, como su cadáver se habría puesto en el sepulcro si por falta de elementos no se le hubiera preparado.

Es, pues, la preparación remota, ó lo que es lo mismo, la vida cristiana, requisito indispensable para una cristiana comunión. Sigamos adelante, recordando hechos, contemplando virtudes, descubriendo misterios, recogiendo lecciones, imitando ejemplos y aprovechando enseñanzas.

Después que desclavado de la Cruz



y bajado el Cuerpo adorable de Jesús, quedó en los brazos de los Varones santos, quienes sin vacilar lo llevaron á depositar al regazo de su Madre Santísima, quien lo esperaba con una ansiedad tan grande como su amor, quien vió que se lo acercaban con un dolor tan justificado como su ansiedad, y quien lo recibió con un respeto que estaba á la altura de su dolor.

Por muchos, por incontables, por infinitos títulos, tenía María...... no dirémos mayor derecho, por no rebajar su santidad sujetándole á comparaciones; sino un derecho absoluto, especial, único, para recibir aquel sagrado depósito.

No de otra manera el Sacerdote que al pié del Sagrario tiene entre sus manos á Jesucristo sacramentado, baja las gradas del altar, y sin vacilar va á depositarlo en la lengua del cristiano á quien la gracia sacramental da el derecho de tan gloriosa distin-

ción, reforzado por el deseo, por el amor y por la contrición.

María, al tener delante de sus ojos aquel cuerpo ya exánime, al sentirlo sobre sus rodillas, al estrecharlo contra su corazón, recuerda su infancia, su niñez, su juventud, su edad madura, su vida privada, su vida pública, su predicación, sus milagros, su Pasión, sus tormentos, sus últimos instantes y su muerte; ve apagados sus ojos, de los que recibió tantas miradas de ternura; mudos sus labios, de los que recogió tantas palabras de consuelo; abierto su corazón, en el que por la mano del milagro, encerró el último testimonio, el testimonio póstumo de su amor á los hombres . . . . Vió sus heridas recientes, de las que cada una era una boca con la que solicitaba el perdón para la humanidad culpable; vió coaguladas las numerosas gotas de sangre, que al correr por su cuerpo se detuvieron congeladas



por el frío de la muerte; y comprendiendo que una sola de ellas era bastante para redimir mil mundos, vió con dolor los millones de almas que desaprovechando este beneficio habían de perderse; vió, en fin, que todo este conjunto que abarcaba en tan perfecta sinopsis, se había de esterilizar en muchos de los redimidos.

Qué material tan escogido, tan abundante, tan adecuado y tan precioso para una fervorosa acción de gracias presenta este bellísimo cuadro al cristiano que comulga!

Desde luego, las dos extraordinarias figuras que en él se contemplan, presentan por sí solas un asunto inagotable de meditación: Jesús y María!

Jesús, á quien el inspirado Libro de los Cantares compara con el arbol cargado de frutos entre los estèriles de la selva!

María, á quien el mismo libro compara con el lirio entre las espinas! 1

El cristiano que se acaba de retirar de la Sagrada Mesa, puede con la consideración ponerse en lugar de María, puesto que como Ella, tiene á Jesús reclinado sobre su corazón, y puede decir con la enamorada Esposa del mismo Libro: «Me sentaré bajo la sombra de aquel á quien tanto he deseado, y sus frutos endulzarán mi paladar.»[2]

Puede, si no, reunir en su memoria los pasos principales de la vida del Redentor, especialmente de su Pasión tan fecunda en misterios, eligiendo de entre ellos el que más corresponda con el estado de su espíritu, para formar con él el asunto de su meditación.

Puede ponerse junto á aquel cadáver, y ver, como María, sus ojos y sus

(1) II, 2.
(2) ib. II, 3.

labios, su corazón y sus heridas, su sangre y su muerte, y perderse en el oceano de pensamientos cristianos, de afectos tiernos, de resoluciones generosas, de meditaciones cristianas; puede, en fin, identificándose con María, embriagarse con el amor de Jesús!

Prosigamos.

El Cuerpo Sagrado es puesto sobre la piedra de la Unción; lavado con el agua del Gihón; ungido y pulverizado con los aromas; envuelto en los lienzos y asegurado con las fajas.

Nuevas fuentes brotantes de consideraciones religiosas y adecuadas se presentan al Cristiano que acaba de comulgar, quien ante todo debe colocar á Jesucristo, con cuyo contacto se santifica, sobre la piedra dura, inamovible, fija, de una resolución firme, inquebrantable y vigorosa de no pecar, y de desagraviarlo, por una unción espiritual y mística, de las faltas con que los pecadores le ofenden.

Debe lavarlo con las lágrimas de su contrición, cuya fuente está en el Calvario, es decir, en la meditación de los misterios que en los hechos verificados en aquel monte se ocultaron.

Debe ungirlo con el aromático aloe de sus virtudes, mezclado con la amarga mirra de la penitencia; envolverlo en los lienzos finos y blancos de una pureza angélica, y ceñirlo con las resistentes fajas de propósitos santos.

En estas santas, en estas divinas, en estas celestiales meditaciones, en que el alma más disipada no puede menos que sentirse espiritualizar por el éxtasis cristiano, que ve á Jesús, que ve á María, que se ve á sí mismo, de una manera casi inconsciente, sin discurrir y sin hablar, y únicamente sintiendo, dirá más con el corazón que con los labios: Jesús . . . María . . . yo! Jesús en mí puesto que ha entrado en mí! Yo en Jesús puesto que he entrado en

El! María conmigo, puesto que Ella y yo tenemos reclinado sobre nuestro pecho á Jesús! Yo con María, puesto que ella tiene en su regazo á Jesús que está dentro de mí!

Una reflexión para terminar.

Jesús y María son los seres más grandes, más nobles, más levantados y más perfectos de toda la Creación; y yo, aunque dotado por la bondad divina de singulares privilegios, he llegado á ser el más miserable, el más vil, el más bajo y el más imperfecto de todos por el pecado; pero si es verdad que he caído en este extremo de degradación por el pecado, también lo es que puedo subir á aquella altura por la Eucaristía.

Por este admirable Sacramento, con tanta propiedad llamado del amor, Jesús está en mí, y yo estoy en Jesús, es decir, yo entro á Jesús y Jesús entra á mí

Al entrar yo á Jesús, me identifico

con Jesús, haciéndome uno mismo con El: y al entrar Jesús en mí me identifica con María, concediéndome quizá el más preciado de sus privilegios, pues Jesús hace conmigo en la Eucaristía, lo que hizo con María en la Encarnación.

Qué dicha tan grande! El corazón es bastante pequeño para sentirla! El entendimiento bastante limitado para comprenderla! La lengua bastante torpe para alabarla!

Esta identificación, que es el motivo de tan inconcebible felicidad, dependió de Jesús y de María establecerla, y de mí sólo depende conservarla.

A esto se encaminarán de hoy para luego todos los esfuerzos de mi vida: este será mi último propósito: pediré sin cesar á Dios la gracia, sin la que nada puede conseguirse, para que mis esfuerzos sean fructuosos; esta será mi constante oración: permaneceré



siempre unido á Jesús y á mi tierna Madre por la Sagrada Eucaristía: esta será mi suprema felicidad.

Mi suprema felicidad, sí, porque ya nada tendré que temer en la vida ni en la muerte. No en la vida, porque estando Dios conmigo, nadie podrá nada contra mí; no en la muerte, porque en mi juicio me presentaré dentro de las entrañas de María, y allí no podré recibir de mi Jesús, que será mi Juez, otra sentencia que la del más completo perdón que me abrirá de par en par las puertas de la eterna Bienaventuranza.



XIV.

LA SEPULTURA.

NO hay necesidad de detenerse en prolijas y detalladas consideraciones filosóficas, ni ilustrar el juicio con profundos razonamientos históricos, para conocer que la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo fué un hecho excepcional y extraordinario al que, si fuera posible quitarle su origen divino, sus causas sobrenaturales, su objeto sublime y su carácter celestial, le quedaría siempre algo, le quedaría mucho, le quedaría todo lo que hace de ella el más grande, el más sublime, el más augusto de todos los acontecimientos, que excede no solo á toda palabra, sino también á toda concepción. Pues aun prescin-



diendo de su esencia, que es divina, de su origen que es eterno, de su fin que se pierde en el infinito, lo que solo afecta la superficie, lo que solo impresiona los sentidos, lo que se puede apreciar aun sin el auxilio de la razón, basta para hacer de él un hecho que no tiene ni puede tener semejante.

Pero lo que da de la Pasión una idea que aun á la pequeñez de la inteligencia humana persuade de lo que es en sí, son los misterios que oculta, las verdades que demuestra, los vaticinios que cumple, las profecías que realiza, la doctrina que encierra las instrucciones que da, los ejemplos que presenta, y de una manera especial, si así puede decirse, la deuda que paga, la ofensa que satisface, la reconciliación que establece, las cadenas que rompe, las prisiones que abre, las lágrimas que enjuga, las recompensas

que ofrece, la Redención, en fin, del género humano que consuma.

El hombre que en ella padece, no puede menos que ser un Hombre-Dios.

El es el que bajó á la tierra por el milagro de encarnar en las entrañas de una Virgen dejándola intacta; el que anunció su nacimiento por mensajeros celestiales y por una estrella milagrosa, para cuya marcha le abrieron paso las brillantes constelaciones del cielo astronómico; el que al tender la mano sobre las desencadenadas tempestades calmó sus ímpetus; al poner la planta sobre sus movedizas aguas les comunicó la solidez de la roca; al designar las aguas de unas hidras las convirtió en vino; al bendecir el pan lo multiplicó; al llamar á un pescador lo hizo apostol; al hablar á un publicano lo hizo Evangelista, al tocar á los enfermos los dejó sanos y al mandar á los muertos que salieran



de sus ataudes los volvió á la vida. En suma, el que como en la Creación todo lo que hizo fué bueno, y aun lo que por su naturaleza era indiferente y por su uso ó sus aplicaciones era malo, lo volvió bueno también.

Qué cosa eran, si no, la cruz y el sepulcro?

En su esencia, dos objetos de todo punto indiferentes: formado el uno por el cruzamiento de dos troncos, y el otro por una oquedad hecha en la tierra ó en la roca; pero en sus aplicaciones, la cruz, patíbulo para los criminales, era un objeto tan infamante, que bastaba tocarlo para envilecerse; y el sepulcro, una inmunda zetina, en la que arrojado el cuerpo del pecador por la maldición del Paraíso, pasa á la nada del polvo, por la inmundicia de la corrupción.

Y qué fué la cruz después que este hombre fué clavado en ella? Y qué fué

el sepulcro después que este hombre fué en él sepultado?

La cruz fué la Santa Cruz; y el sepulcro el Santo Sepulcro.

La cruz se coloca sobre el pecho de los sabios, y de los valientes, y de los virtuosos, en premio de su saber, de su valor y de su virtud: con una cruz de honor se recompensan las acciones meritorias ó los servicios de importancia, y la cruz adorna la corona de los Reyes como símbolo de Majestad, y remata sus cetros como manifestación de dominio.

Y el sepulcro, es la base de los altares, á los que baja Dios todos los días—pues todos tienen reliquias de santos—los que á su vez están rematados por la Cruz.

La cruz y el sepulcro, están, por decirlo así, limitando lo más grandioso que tiene el cristiano en su vida, á la vez que lo único de que hace ostentación despuès de su muerte.



Prueba de esto son los cementerios cristianos, en los que cada sepulcro está coronado por una cruz.

El sepulcro como testimonio de la muerte, y la cruz como símbolo de la vida; el sepulcro, depósito del desconsuelo, y la cruz, manantial de la esperanza; el sepulcro en donde se verifica la disolución de la materia, y la cruz que asegura la resurrección de la carne; el sepulcro que nos separa de la manera más completa de los seres á quienes nos ha quitado la muerte, y la cruz que nos une á ellos de la manera más íntima por la Comunión de los Santos.

Algo en nuestras meditaciones anteriores hemos visto de los misterios que se nos presentan en la cruz de Nuestro Salvador; veamos en ésta, aunque sea poco, de los que se encierran en su sepulcro.

Jesucristo, que no dejó sin dar un lugar preferente en su doctrina nin-

guno de los puntos que habían de ser el fundamento ó parte esencial de la Iglesia que estaba formando, habló de su resurrección como punto capital y esencialísimo.

«Destruid este templo—decía refiriéndose á su Cuerpo—y al tercer día lo levantaré» [1] Y cuando le pedían un milagro para creer en el, contestó que no haría más milagro que el del Profeta Jonás [2] que devorado por un cetáceo en cuyo vientre estuvo tres días, fué arrojado á la playa sano y salvo.

Jesucristo presentó, pués, su resurrección, como el fundamento principal y aun se puede decir único de la creencia, puesto que la resurrección ponía fuera de duda su divinidad, y por lo mismo, todo lo que emanara de la divinidad debía creerse.

Esta resurrección no podía acreditarse sino por un sepulcro. Porque

1. San Juan II. 19 y 21.
2. San Mat. XII. 40.



en primer lugar, si no hubiera sido sepultado, se podría decir que no había muerto, tanto más, cuanto que el cuerpo fue entregado á sus amigos, quienes habiéndolo encontrado vivo, lo ocultaron cuidadosamente y se ocuparon en curarlo.

En segundo lugar, como toda cadáver se sepulta, el hecho de no haber sido sepultado, venía, por lo menos, á hacer dudosa su muerte. y los pérfidos Sanhedritas, que llevaron su osadía hasta negar su resurrección después de tres dias, contra tantas pruebas acumuladas en su favor, la habrían combatido y tal vez victoriosamente, si Jesucristo hubiera resucitado una ó dos horas después de muerto y no se hubiera puesto en el sepulcro.

En tercero, pocos lo habrían visto; y además de que estos pocos no habrían sido creídos por muchos, el hecho milagroso se habría localizado en unos cuantos.

La sepultura fué, por decirlo así, la ejecutoria de la muerte, y por sí sola una causa determinante de ella: pues si un hombre vivo permaneciera tres días en un sepulcro, moriría por asfixia.

Todos los detalles de la Pasión de Jesucristo, y aun todos los de su vida, fueron á converger en su sepulcro, como los rayos de luz convergen hacia el foco de una lente poderosa, para multiplicar su intensidad y producir en mayor escala sus efectos.

Después de la preparación que se hizo al Sagrado cadáver, á su descendimiento de la Cruz, fué llevado al Sepulcro, del que el Evangelio nos dice que era nuevo, que estaba en un huerto, que nadie había sido en él sepultado, [1] que era de José de Arimathea, que estaba labrado en una peña y que fué cubierto con una grande piedra, [2] la

(1) S. Juan XIX, 41.
(2) S. Mat. XXVII, 60.—S. Luc. XXIII, 53.



que era designada con el nombre de *goall.*

Recogiendo los datos que están desparramados en la historia, la tradición y la revelación, encontramos que el Sagrado Cuerpo fué llevado al sepulcro, cubierto con un paño oscuro; que los criados de José barrieron y limpiaron cuidadosamente el sepulcro; que al depositar en él el cadaver se recító el Salmo XC que comienza con estas palabras: "El que se acoge al asilo del Altísimo, descansará siempre bajo la protección del Dios del Cielo;» que despues de esto los asistentes dieron siete vueltas al rededor del sepulcro, retirándose al Cenáculo cuando el sepulcro se cerró.

Vamos ahora á recoger las lecciones, descubrir los misterios y aprovechar los ejemplos que se desprenden de estos interesantes pormenores.

El bello ideal de Jesucristo durante toda su vida, y aun creemos poder

decir, del Verbo en toda la Eternidad, fué la Pasión, que de la manera más clara dejó ver á los Profetas de la antigüedad, y anunció con palabras y con figuras: y este mismo ideal fué la Sagrada Eucaristía, que también anunció en el Antiguo Testamento por las profecías y por los hechos, y preludió en el Nuevo con sus palabras y milagros.

Y así como el punto objetivo de la Pasión fué el Sepulcro en cuyo seno fué á terminarla, y todos los pasos de ella fueron encaminados á él, así también el punto objetivo de la Eucaristía hacia el que se dirijen como á su término todas sus grandezas, es el alma del cristiano en cuyo pecho va á inmolarse.

Siendo esto así, el alma del cristiano que va á recibir á Jesucristo en la Comunión, debe reunir condiciones místicas análogas á las materiales del se-



pulcro en que el Sagrado Cadáver fué recibido para darle sepultura.

Este sepulcro era nuevo: el alma del cristiano que se dispone á comulgar, debe ser renovada por la Penitencia.

Estaba labrado en roca dura: el alma debe estar endurecida por el más firme y perpétuo propósito, que como la dureza de la roca, no debe disminuir con la acción del tiempo, para no recibir las impresiones del pecado.

El sepulcro fué registrado cuidadosamente para ver si tenía polvo, hojas ó cualesquiera otra suciedad que no correspondiera al decoro con que tan divino cuerpo debía ser tratado: un diligente examen de conciencia debe investigar si hay alguna impureza en el alma, que no corresponda á la pureza del Huesped divino que viene á visitarla.

El sepulcro fué escrupulosamente limpiado por los criados de José: el al-

ma debe lavarse con las lágrimas de la contrición.

Después que el Cuerpo de Jesucristo fué colocado en el sepulcro, éste se cerró con una piedra grande y pesada: después que el alma recibe la Sagrada Comunión, debe cerrar su interior, poniendo sobre los órganos de los sentidos, la losa grande y pesada de una inquebrantable y firme resolución.

Por solo el contacto con el cuerpo de Jesucristo, el sepulcro se santificó hasta convertirse en un templo: por solo el contacto de este mismo Cuerpo, el comulgante se santifica hasta ser templo vivo del Espíritu Santo.

En el acto de la inhumación de Jesucristo, los que asistieron á ella, dieron siete vueltas al rededor del sepulcro recitando un salmo: el que comulga, debe dar vueltas sobre su conciencia sin cesar (el número siete en la Escritura indica varias veces, muchas veces, un número indefinido de veces)



para guardarla por la vigilancia, ac
giéndose al asilo del Altísimo y pidie
do el amparo del Señor, [1] para prec
verse del pecado, por la oración.

Terminada la sepultura de Jesucri
to, el fúnebre cortejo se retiró á la s
ledad del Cenáculo donde se entreg
á la oración: despuès de la Comunió
el cristiano debe retirarse dentro de
mismo y entregarse á la oración q
constituye su acción de gracias, en
lugar mismo en que está el Sagrad
Depósito.

Dice tambien el Evangelio que l
Príncipes de los Judíos, autorizad
por Pilatos, sellaron el sepulcro c
el sello del Sumo Sacerdote, y pusi
ron en él guardias [2] que lo vigilara
con todo el rigor de la consigna mil
tar; cuyos sellos no se podian romp
sin incurrir en una grave falta, y c
yos guardas no se podían atacar s

(1) Palabras del Salmo XC·
(2) S Mat. XXVII, 66.

exponerse á un inminente peligro: el cristiano debe sellar sus propósitos con los consejos del confesor, que no puede violar sin incurrir en pecado; y custodiar su vida con la guarda de sus resoluciones, que no puede infringir sin ponerse en peligro de caer.

Jesucristo había predicho á los judíos que resucitaría al tercer día; y ofreció también al que comiera su carne y bebiera su sangre que lo había de resucitar en el último día. [1]

Conforme á sus predicciones, Jesucristo resucitó lleno de su propia gloria: conforme á las promesas de Jesucristo, el alma resucita á la vida de la gracia; siendo esta resurrección un preludio de que en el último día resucitará también su cuerpo á la vida de la gloria.

Jesucristo, al resucitar, dejó en el sepulcro los lienzos y demás objetos que llevaba en su cuerpo cuando fué

(1) S. Juan VI, 55.

sepultado; y al separarse del que lo ha recibido, por la destrucción de las especies sacramentales, le deja en el alma todos sus merecimientos y todo lo que llevó consigo cuando entró á su pecho.

Una observación para concluir.

Hoy el Santo Sepulcro que todo el mundo cristiano venera, está como algunos otros lugares en que se realizó la Redención, con toda propiedad llamados *santos*, bajo la custodia de los esclarecidos y virtuosos hijos de San Francisco, quienes hacen constantes, heróicos y sangrientos sacrificios para no dejar que se apoderen de él los infieles. Y si el alma del cristiano es, según lo que acabamos de ver, una representación del Santo Sepulcro, por las muchas analogías que con él la ligan, el cristiano, digno de este nombre, no debe evitar ningún sacrificio, por grande, por doloroso, por sangriento que sea, para impedir que caíga su alma en las garras de sus feroces enemigos.

CONCLUSION.

El alma que cree, la inteligencia que discurre y el corazón que siente, no pueden menos de encontrar en las analogías que anteceden, y que son verdaderas armonías celestiales, que producen encantos indefinibles, un enlace místico, sobrenatural y verdaderamente divino, entre el acontecimiento más sorprendente que se registra en la Historia, y el tesoro más valioso con que se enriquece la Humanidad.

La Pasión tan llena de dolores, y la Eucaristía tan llena de encantos: aquella acumulando todas las crueldades, y esta condensando todas las gracias; la una llevando á un Hombre á la muerte, y la otra dando al género humano la vida; realizada la primera en el tumultuoso ruido de la ciudad, y sos-



tenida la última en el apacible silencio del Santuario, constituyen, por expresarnos así, los dos polos del eje sobre el que gira majestuosa y bella la esfera gigante del dogma católico.

Meditar en la Pasión, es seguir á Jesucristo, y seguir á Jesúcristo en la Pasión es alcanzarlo en la Eucaristía.

Seguir á Jesucristo es conocerlo; no es posible conocerlo sin amarlo, y amándolo y conociéndolo, al alcanzarlo, no se puede hacer otra cosa que poseerlo, y poseerlo de la manera más dulce, más estable y más perfecta.

Amar y servir á Dios: he aquí el deber principal y aun pudiéramos decir único del hombre.

Verle y gozarle: he aquí su recompensa.

Cumplir con aquel deber y conquistar esta recompensa: he aquí su último fin.

El último fin del hombre, está pues encerrado en la Pasión y la Eucaris-

tía. O en otros términos, en la Pasión y la Eucaristía está vinculada la felicidad del hombre, la verdadera felicidad, la felicidad suprema, que consiste en la Eterna Bienaventuranza.

. . . .

Alma cristiana, que anegada en las amarguras de la Pasión, cuyas aguas bebes en las tiernas meditaciones que haces en el camino del Calvario, las que se hallan enriquecidas con tan numerosas indulgencias, no puedes menos que tener el corazón rebosando de caridad; y que alimentada con el manjar de los escogidos, te unes íntimamente con tu Dios en la Sagrada Eucaristía, uniéndote á la vez á tus prójimos por este lazo divino; oye la súplica que respetuosamente te dirije una alma hermana, que aunque te es completamente desconocida, no por eso deja de serte en las entrañas de Jesús, amada.

Ayúdale á llevar su cruz, cuyo peso

está á punto de hacerla caer, aplica
do una de las muchas indulgenci
que consigas lucrar en el Ejercic
del Viacrucis, y elevando una pleg
ria de las que dirijas á tu Dios en
Eucaristía, por el descanso de una a
ma, que es la mitad de la que mue
la mano que traza estas líneas, hac
latir su corazón desgarrado por el s
frimiento y pone en sus ojos las lágr
mas en que sus últimos días se está
disolviendo.

Recoje unas gotas de esa sangre d
que está regado el camino del Calv
rio, y que moja tus pies cuando en t
piadoso ejercicio lo recorres, y de es
misma sangre que está manando de l
adorable Eucaristía, y que enrojec
tus labios cuando en tus comunione
la recibes, y apaga con ellas las vor
ces llamas que tal vez están purifica
do el alma por quien te pido. Esa sa
gre arrojada por tu mano, completar
su purificación.

Dirije al mismo punto un rayo de la luz que al irradiar del Tabernáculo inunda tu alma, y esa luz disipará sus tinieblas.

Humedece los labios de aquella alma con una gota del generoso vino del festín en que te embriagas, y que al gustarlo produce tan inefables delicias, y estas delicias calmarán sus dolores.

Hazla, en fin, participante de la Bienaventuranza que con tu caridad te aseguras, abriéndole con ella las puertas de la gloria. Ella á su vez te guardará la entrada, cuyo derecho te conquistas: pues la Palabra infalible ha asegurado que son «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia."[1]

1. S. Mat. V, 7.



ERRATAS NOTADAS.

Pág.	Línea.	Se lee.	Debe leerse.
10	2	prep ra	prepara
15	7	Pretorio,	Pretorio,
„	15	su amigo	sus amigos
17	11	El que	que El
18	5	verdugos:	verdugos;
20	14	únicamente	únicamente
20	17	concluida	cumplida
24	4	alim ntar	alimentar
26	penúltima	Eucaristía	Eucaristía,
27	19	despiadados	desapiadados
29	2	mancha,	mancha;
33	15	Elias	Elías,
58	19	sí no	sino
59	12	tomarla	tomarla,
94	11	puntualidad	profundidad
94	12	cotinua	continua
ib.	ib.	naturaleza	naturaleza,
95	10	encontrava	encontraba



Pág.	Línea	Se lee.	Debe leerse.
ib.	21	solo	todo
96	19	persigue;	persigue,
105	12	qne	que
108	7	condiciones	consideracione
112	15	ígnominias	ignominias
113	3	plebe	plebe,
114	1	las dice	les dice
118	13	absolnta	absoluta
119	penúltima	díluvio	diluvio
123	24 y 25	ineruento	incruento
125	1	consoladra	consoladora
126	2 y 3	suplicio;	suplicio,
149	Nota 1ª	S. Malach	Malach.
151	16	borradas	borrados
152	1 y 2	deud couatraida	deuda contraid
196	2	goall	golol.


SEAL OF THE
DISCIPLINA

